

DIARIO

DE UNA

RECIEN CASADA

I.

A la mañana siguiente de la boda.

Aun me dura el cansancio, la agitación del día de ayer.

¡Y es el que llaman generalmente *el más venturoso de la vida!*

De mí sé decir que no recuerdo ninguno más triste, más fatigoso, más lleno de molestias y contrariedades.

Ante todo, la separación de mi buen padre, de mi amorosa madre, de mis hermanas queridas, á cuyo lado he vivido contenta, feliz, por espacio de veintidós años; después, la idea de si seré igualmente dichosa en mi nuevo estado.

Ciertamente que Enrique me ha dado muchas, infinitas, pruebas de cariño.

En primer lugar, nuestras relaciones han durado algunos meses, y en ese espacio de tiempo no se han desmentido su dulzura de carácter, su afecto, su desinterés.

No puede decirse que se casa conmigo por cálculo, porque no llevo dote; mis padres son jóvenes todavía, y cuando desaparezcan del mundo no me dejarán sino una pequeña herencia.

Amo y considero al que va á ser mi compañero en esta dura peregrinación de la vida; mas ¿quién sabe si en el trato íntimo descubrirá defectos que no le he conocido aún?

Estoy segura de que sabré cumplir los deberes que me impone la Iglesia: seré siempre fiel, recatada, honesta .. pero ¿será él igualmente exacto en los suyos?

Los hombres creen que sus faltas no tienen las consecuencias de las de las mujeres, y se equivocan.

Una sospecha, convertida en realidad, destruye la confianza, aminora el afecto, produce la desilusión, el desencanto. ¡Dios mío! ¡Que no tenga yo jamás motivo para dudar de Enrique! ¡Que me dé ejemplo siempre de constancia y fidelidad!

II.

Ocho días después.

Lo cierto y positivo es que no nos dejan disfrutar tranquilamente de nuestra dicha.



¿Por qué no hemos abandonado la corte? ¿Por qué no hemos hecho un viaje — como tantos otros — á un sitio cualquiera, con tal de que fuese solitario?

Los parientes, los amigos, los conocidos, todos aquellos á quienes hemos enviado los dulces de la boda, se creen en la obligación de venir á visitarnos.

El portero y los criados tienen orden de no permitir la entrada en casa sino á los individuos de la familia y á los íntimos, y todos se creen con derecho para venir á fastidiarnos.

Unos recorren la casa examinando hasta los objetos más ínfimos; otros me exigen que les enseñe los presentes y regalos que he recibido antes y después de mi enlace, y algunos hasta se permiten criticar la manera como nos hemos instalado.

—Con el caudal de tu marido, que es bueno — dicen — pudierais haber alquilado una casa de más precio.

—¿Qué modista — pregunta alguna — te hizo el traje de novia?

—Fulana — respondo.

—¡Jesús! ¡No parece obra suya! La verdad es que tú tienes muy bonito cuerpo, y que aquel día estabas desconocida.

—¿No te ha regalado Enrique brillantes?

—No.

—Siempre ha tenido fama de mezquino, y no ha querido desmentirla ahora.

Otra, en tono compungido, me dice con apariencias del más vivo interés:

—¡Cuidadito! Mira que tu cónyuge ha pasado constantemente por muy veleta. No le dejes de la mano, no sea que te se distraiga pronto.

Para eso sirven las amigas: para criticarlo todo; para infundir sospechas; para crear desconfianzas.

Estoy convencida de que todo es obra de la envidia. Enrique ha sido desde que le conozco un muchacho serio y formal: habrá hecho algunas locurillas, como los demás, pero nunca ha pasado por calavera ni por derrochador.

Es verdad que nos hemos instalado modestamente, que gusta del orden y la economía—en lo cual yo estoy de acuerdo con él;—pero no parece miserable ni avaro.

Echo de menos el carruaje, del que disfrutaba en casa de mis padres; aunque somos jóvenes y robustos y no nos hace gran falta.

Además, para cuando estemos cansados, hay tranvías y coches de punto.

¡Brillantes! ¿Acaso los necesito yo? A mi edad sienta mejor que nada una flor en los cabellos, un ramillete en lugar de un lujoso alfiler en el pecho.

La verdad es que mi marido hubiera podido ser algo más espléndido, y darme un brazalet de zafiros, una diadema de brillantes, como tienen tantas otras.

III.

Al cumplir el mes.

Yo, que he sido robusta, fuerte, sana, sufro por primera vez toda clase de molestias y de indisposiciones.

He perdido la gana de comer, y me canso y fatigo en cuanto doy algunos pasos.

El facultativo, á quien Enrique ha llamado en seguida, después de tomarme el pulso y de examinarme atenta y cuidadosamente, ha dicho sonriéndose:

—La enfermedad de esta señora—ya no me llaman señorita—es muy vulgar y conocida. Mucho paseo, mucha distracción..... y no hay nada más que hacer.

Hemos comenzado una vida de extraordinario movimiento y animación: todas las tardes vamos á pie al Retiro ó á la Castellana, y vuelvo á casa muerta, rendida de cansancio.

Por las noches, invariablemente teatro: cuando no le toca á mi familia el turno en el Real, á la Comedia, al Español ó á Lara; el caso es que he de divertirme mucho, aunque me fastidie de veras, para no pensar en mi enfermedad.

«Enfermedad de nueve meses»,—repite el Doctor, que viene á verme cada dos ó tres días sin necesidad, porque no me ordena, no me receta nada, siguiendo con su eterna cantinela de «mucha distracción, mucho paseo».

Entretanto me desmejoro horriblemente:—cuando me miro al espejo me aflijo de verme tan flaca, tan descolorida, tan demacrada.

Enrique en cambio se muestra más satisfecho, más cariñoso que nunca.—¡Ya! ¡Como él no padece ni sufre! ¡Como, por el contrario, cada vez está más gordo y más colorado!

Yo quisiera que se interesara más en mi situación: que se mostrase triste, cuidadoso, inquieto.—Pues nada de eso: á cada instante repite las palabras del médico: «Enfermedad vulgar y conocida.»

Ayer han traído los convites para el baile del Embajador de Inglaterra.—¿Cómo he de ir yo con esta facha, con este semblante pálido y marchito?

No sé por qué las mujeres tienen generalmente tanto deseo de casarse.—¡Cuánto más feliz era yo de soltera, siempre buena, alegre y contenta, sin sentir ninguno de los achaques que ahora me atormentan tanto!

IV.

A los seis meses.

Estoy mejor, mucho mejor: he recobrado el apetito, el color, las fuerzas.

Ya no es indispensable el eterno *ejercicio* que me obligaban á hacer.

Algunas tardes paseo en coche con mi madre y mis hermanas: algunas noches voy á sociedad sin temor de hacer un papel ridículo desmayándome, ó teniendo que retirarme apenas he acabado de entrar.

Sin embargo, por lo común vuelvo de muy mal humor á casa, porque, sin querer ó queriendo, oigo observaciones desagradables sobre mi situación actual.

Mis *buenas amigas*—por envidia, por mala intención—son las que más se complacen en molestarme.

—¡Pobre Clementina!—me decía anoche Luisa.—Pareces otra. Has perdido el color, la alegría, la serenidad. Cualquiera creería que eres desgraciada en tu matrimonio al mirar la cara de disgusto que ahora tienes siempre.

—¿Qué has hecho de tu talle de sílfide?—me pregunta otra.—Has adelgazado, y no obstante, tu cuerpo ha adquirido grandes proporciones.

Y me callo, y me sonrío, y acepto estas *cultas* bromas como si me fuesen agradables.

Entretanto el Doctor ha vuelto á su manía de *mucho movimiento, mucho ejercicio*, y paseamos por la mañana, por la tarde, por la noche.

A las nueve me acuesto, porque estoy muerta de tanta locomoción.

V.

A los nueve meses.

No soy una mujer, sino un bombo.

Cuando contemplo mi figura, no puedo menos de reirme de mí misma.

No obstante, cómo bien, duermo mejor, y estoy de excelente talante.

Enrique me colma de cuidados y de caricias, y me repite que pronto se hallarán colmados todos sus votos.

Ha traído de Guipúzcoa una muchachota fresca y saludable que no habla sino en vascuence.

¡Cómo nos reímos los dos cuando quiere pronunciar algunas palabras en castellano!

Es nuestra única diversión, porque ahora apenas salimos, y no vamos siquiera á casa de mamá.

«El acontecimiento», como dice el Doctor, está próximo, y tememos que nos coja en la calle.

—¿Qué quieres que sea?— me pregunta Enrique riéndose — ¿niño ó niña?

—Yo, varón.

—Pues yo estoy seguro de que será una hembra.

Y en estos diálogos ridiculos pasamos el tiempo y nos entretenemos.



VI.

Después del suceso.

Sólo hace ocho días que me levanto de la cama, y hasta hoy no me he atrevido á tomar la pluma.

¡Dios mio! ¡Cuánto he padecido! ¡Qué delicada estoy todavía!—Hubo momentos en que todos creyeron que no saldría de tan apurado trance.

Pero, gracias al cielo, la criatura es hermosa y robusta. ¡Enrique acertó! Es una niña con muchas ganas de vivir, porque desde el principio se ha agarrado al pecho de la nodriza, y no lo deja de día ni de noche.

Ya la han bautizado, y le han puesto el nombre de mi madre:—Elvira.

¡Qué inmensidad de sentimientos desconocidos se han despertado en mí desde que ha nacido!

No tenía idea de que un nuevo ser pudiese venir á llenar

completamente el corazón; á absorber el pensamiento; á dominar todas las facultades del alma.

No hablo, no me ocupo sino en mi hija, y con gran frecuencia la tengo en mis brazos, contemplándola, admirándola, cubriéndola de besos.

¿Por qué no me han dejado alimentarla con mi sangre, ser dos veces su madre, para que ninguna otra mujer pueda disputarme sus primeras caricias?

Dicen que soy débil; que no me he repuesto; que no habria podido resistir una larga crianza.

Estoy segura de que sí; y la primera sonrisa de mi hija, su primera mirada cariñosa, hubieran sido para la que la dió el ser.

Ahora las obtendrá una mujer mercenaria y grosera, que no apreciará en lo que valen semejantes indicios de amor.

VII.

Al año.

Ayer era la más venturosa de las madres: hoy soy la más desdichada de todas: mi niña, mi Elvira, mi encanto, mi delicia, está á punto de abandonarnos, de volver al cielo.

Anoche fué acometida de una enfermedad horrible que se llama la *difteria*, y en este momento hay poquisimas esperanzas de salvación.

¡Dios mio! ¿por qué me la habéis dado si me la vais á arrebatat tan pronto?

Dos ó tres facultativos eminentes hacen esfuerzos para curarla.—¿Lo conseguirán?

Creo que me he vuelto loca, pues sucesivamente rio y lloro; confío y me desespero.

Mi marido, si bien me riñe cariñosamente porque no tengo resignación, está tan afligido como yo, y he visto brotar algunas lágrimas de sus ojos.

¡Pobre ángel mio! ¡Cómo padece! Sus tormentos me parten el corazón.

.....

¡Ha muerto! ¡No hay esperanza! ¡Enrique y yo lloramos juntos!

¡Cuántas penas y cuántos dolores trae consigo el matrimonio!

¡Cómo recuerdo el tiempo feliz de mi juventud, en que no pensaba sino en placeres y diversiones!

¡Qué diferencia entre la vida de la joven soltera y la de la mujer casada!—¿Por qué todas, sin excepción, anhelamos casarnos, y á poco, cuando lo hemos conseguido, pensamos con tristeza, con amargura, en los días en que vivíamos sin cuidados, sin temores, sin inquietudes, gozando de lo presente y sin pensar en lo porvenir?

RAMÓN DE NAVARRETE.



SALIDA DE LA ÓPERA

FILOSOFÍA CONYUGAL



¿FUE CASADO no recuerda con delectación sus primeros treinta días de matrimonio? La tierra parece más hermosa, el aire más puro, el cielo más brillante. ¡Oh dulcísima luna de miel!... Pero luego vienen las amarguras, la fecundidad con sus cuidados ó la esterilidad con sus desconsuelos, los fastidios amorosos ó los antagonismos personales, la carencia de recursos ó la lucha de intereses. Y que no vengan, con las envidias inherentes á las opuestas familias, el despilfarro en la mujer, el juego en el marido, los celos de una ú otro y los mutuos insultos y escándalos.

Muy despacio conviene, pues, discurrir sobre el negocio más importante de la vida. «Antes que te cases, mira lo que haces», aconseja el refrán. Y se quedó corto. Porque nada habló del «después».

A fin de dominar ambos tiempos, hazaña superior á las de Hércules, allá va una docena de máximas, que envié años atrás á un amigo soltero que me las pedía.

I.

Dará prueba de incauto quien llame débil al sexo femenino. Lo que no pudo á veces el heroísmo de un ejército de veteranos, lo pudo el llanto de una joven anémica.

II.

Huye de la mozigata, pero también de la librepensadora. La cristiana sin gazmoñería representa el tipo del ideal perfecto.

III.

«Cada oveja, con su pareja». Y lo que más pareo no es el nacimiento ó el caudal, sino la bondad y la educación. Huye igualmente de la hembra que carezca de aquellas circunstancias, porque si de *tío* á *tía* no va nada, de *caballero* á *tía* va todo.

IV.

Nadie, hombre ó mujer, debiera casarse sin previos estudios de Música, hasta dominar el fundamento de la Composición, la ciencia de los acordes, la Armonía.

V.

Fíjate menos en lo que lleve tu compañera que en lo que necesite para sus gastos. Las hay que necesitan para ellas solas su hacienda y la de su marido. Y gracias que no piensen en la de algún otro.

VI.

¡Cuántas veces el matrimonio con una rica, espejuelo de alondras, equivale á un suicidio! Se vende la libertad, la salud, la vida, á cambio de cuatro garbanzos revueltos con bilis, mascullados al compás de regüeldos de hiena y mordiscos de víbora.

VII.

Como una dote metálica se pierde cuando menos se piensa, en tanto que las dotes personales duran siempre, resulta que una *mujer de su casa* vale más que una *mujer de dinero*. Con aquélla ó con ésta nunca olvides tu carrera ó tu oficio, que en el primer caso garantizará la independencia de ambos cónyuges, y en el segundo la tuya, contra las invasiones del

extranjero. Y excuso advertirte que el extranjero aquí suelen ser los parientes de la esposa, dados á recordar los beneficios que dispensan y á olvidar los que reciben.

VIII.

¡Una inclusera! ¡Una consorte que te ahorre el conocimiento de suegros, de cuñados, de primos!.... ¿Qué mayor tesoro?

IX.

En el hogar doméstico conviene un sistema de gobierno tan distante de la autocracia de Nerón como de la anarquía de Bakounine. Al cabo, la mujer es al marido lo que el Consejo de Estado al Rey: un cuerpo consultivo. Y conste que de cien veces las setenta y cinco debemos seguir su dictamen, pero sin tomar por bueno el malo, según hizo Adán con el primer dictamen de Eva, causa de nuestra ruina.

X.

Para que tarde en extinguirse la llama del amor y sea reemplazada en su día por «la más santa amistad», que dice San Ambrosio, cuiden los casados de no abatirse en la desgracia, ni desvanecerse en la fortuna, y de tratarse siempre con el mutuo debido respeto.

XI.

Cuando dos cónyuges se hagan incompatibles, ¿á qué insultarse y golpearse como personas de baja estofa? El inocente cubrirá de flores al que no lo es, aunque ausentándose lo más pronto y lejos que pueda. Lo cortés no quita á lo divorciado.

XII.

La enfermedad y la miseria suelen acometer alevosas los hogares más felices. Pues bien: con objeto de prevenirlas, urge prohibir indefectiblemente el matrimonio entre primos hermanos, de cuyas uniones nacen la mayor parte de los escrofulosos, epilépticos, locos y paralíticos; y urge, sobre castigar con crecida multa el celibato, prohibir el matrimonio entre ricos, á menos que éstos no dedicaran un 2 por 100 de sus capitales á facilitar los enlaces entre pobres, trabaja-

dores y honrados: contribuciones ambas que, al coadyuvar al equitativo reparto de bienes, irían cortando las garras de la esfinge internacionalista.



Fiel observante de esta especie de Ley de las Doce Tablas, mi amigo, insigne pintor, vive hoy y espera continuar viviendo dichoso, en cuanto cabe serlo aquí abajo, al lado de una buena y linda cónyuge.

Si algo lamenta, ya que algo hayamos de lamentar todos, es la desgracia, ó suerte, de carecer de un par de chicuelos á quienes legar su apellido y su estudio.

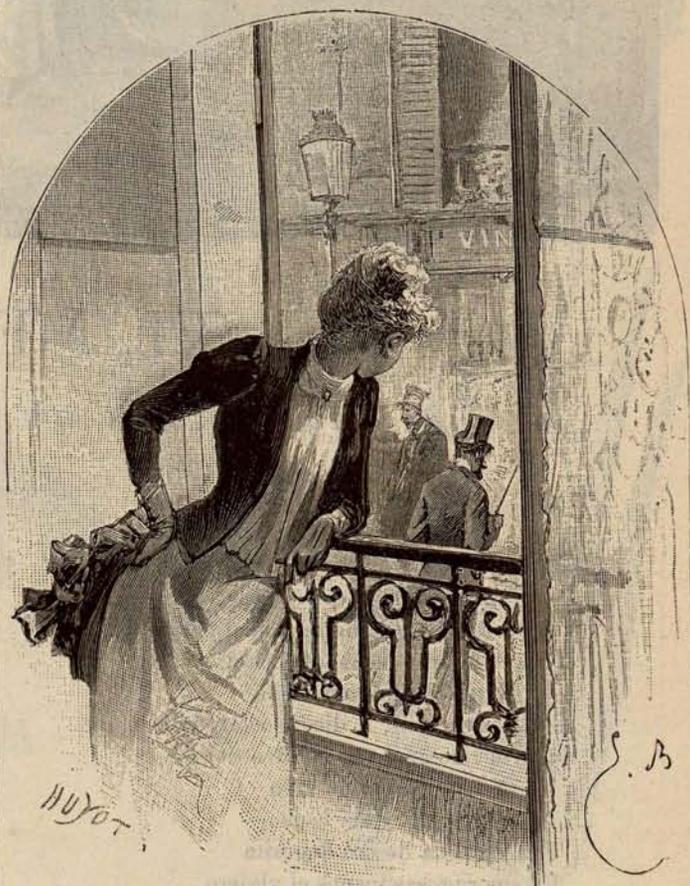
—El que muere consolado por un hijo—murmura—puede decirse que no muere, pues que deja su existencia prolongada á otras generaciones.

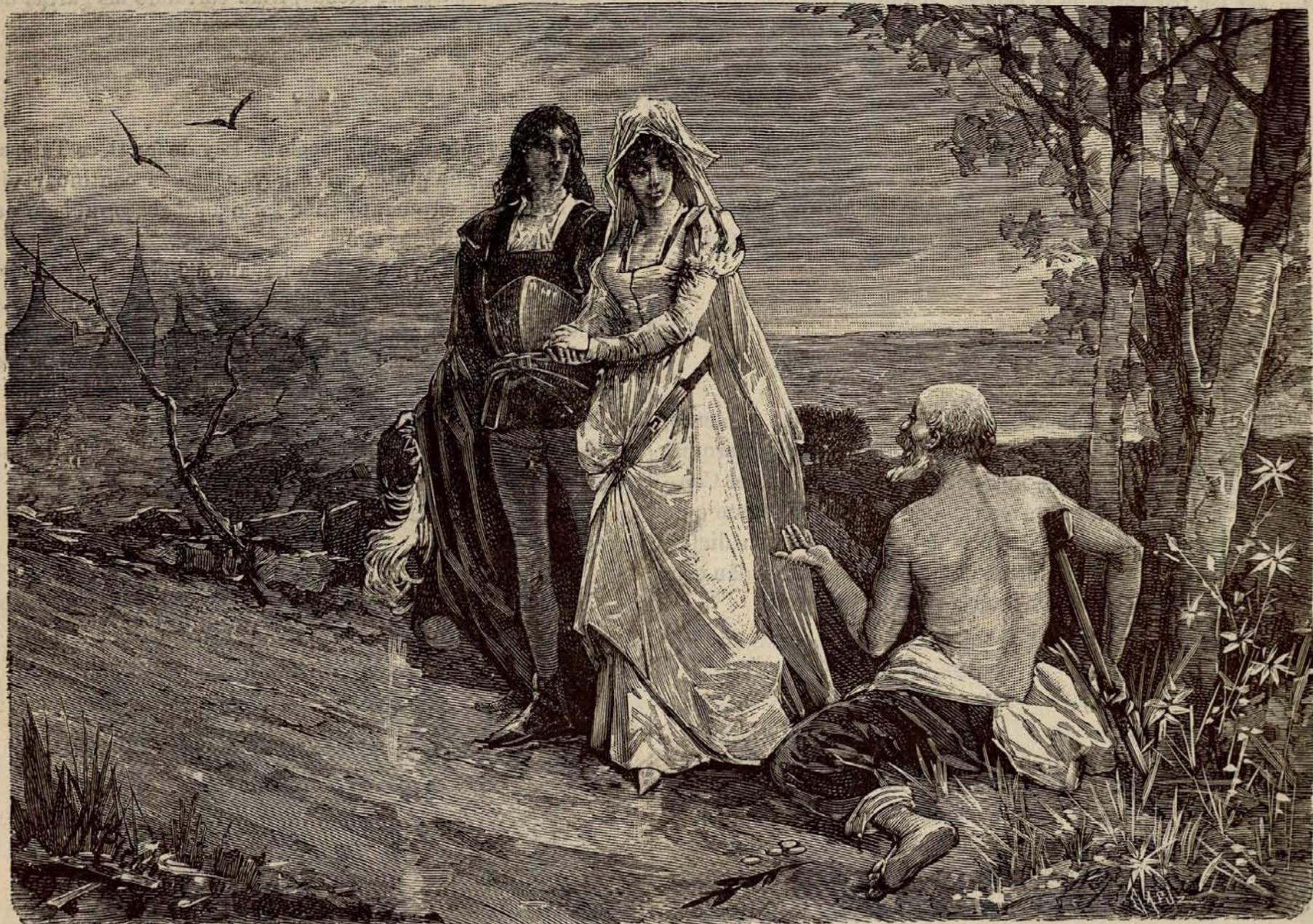
—¿Qué hijos más imperecederos que tus obras?—le replica su digna compañera.

Y una sonrisa de amor desvanece la única ráfaga de aquel cielo sin nubes.

¡Ojalá brillara así el cielo de algunos matrimonios!

ABDÓN DE PAZ.





EL MENDIGO

(IMITACION DE CATULO MENDES)

Á la orilla sentado del camino,
 Triste, solo, y de harapos mal cubierto,
 Á un gran señor que pasa
 Limosna pide un viejo.
 —¡ Por caridad, le dice, socorredme!
 Yo fui rico cual vos en otro tiempo,
 Y hoy miserable vivo
 Sin hogar y sin lecho.—
 Una moneda de oro deposita
 En sus rugosas manos el viajero,
 Y «¡gracias!» el mendigo
 Repite sonriendo.
 —Á la vista no más de esta moneda
 De mi fortuna y juventud me acuerdo,
 Mis ilusiones tornan,
 Aun en la dicha creo.—

Precedido de bélicos clarines
 Y de laureles mil doblado al peso,
 Por el camino cruza
 Un paladín soberbio.
 —¡ Señor, grita el anciano, una limosna!
 También de la victoria gané el premio,
 Aunque olvidó la patria
 Mi generoso esfuerzo.—
 Un ramo de laurel á sus pies deja
 El vencedor, la hueste deteniendo,
 Mientras el pobre exclama
 Señalándole al cielo:
 —¡ Que os guarde siempre Dios! en estas hojas
 Mis triunfos y mi nombre escritos veo;
 Y al aspirar su esencia
 Aun con la gloria sueño.

Una preciosa joven aparece
 Del vecino castillo en el sendero,
 Seguida y requebrada
 Por gallardo mancebo.
 Tristemente inclinando la cabeza
 —Que seas muy feliz— murmura el viejo;—
 Si amas y eres amada,
 Ya estás cerca de serlo.
 ¡Ay! yo lo fui también: bellas mujeres
 Reposaron cansadas en mi seno,
 Y de sus labios rojos
 La copa me ofrecieron.—
 Conmovida la niña dice al joven:
 —Si tú me lo permites, dulce dueño,
 Dar quisiera á este anciano
 La limosna de un beso.
 —Aunque él te lo permita, yo, señora,
 Del sacrificio relevarte debo—
 Interrumpió el mendigo
 Con doloroso acento.—
 Un ramo de laurel, una moneda
 Pueden las ilusiones devolvernos,
 Y de perdidos goces
 Evocar el recuerdo.
 Mas besos ofrecidos de limosna,
 En nevado erial chispas de fuego,
 Resucitar no pueden
 Los corazones yertos.
 Pasad, alegres jóvenes, de largo,
 Y pasad muy de prisa y en silencio,
 Pues no hay para un difunto
 Martirio más horrendo
 Que sentir arrullarse dos palomas
 Sobre el ciprés obscuro y macilento,
 ¡Inmóvil centinela
 Del triste cementerio!

MANUEL DEL PALACIO.

MISTERIOS DEL ALMA

Al mirarte reir constantemente,
 Todos deben creer
 Que eres dichosa y para tí no existen
 Hoy, mañana.... ¡ni ayer!
 Pero si en el abismo de tu pecho
 Lograran penetrar,
 Conmigo exclamarían: «¡Desgraciada!
 ¡Si no sabe llorar....!»

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA.



EL POZO DE SANTA CASILDA



I.

A principios del siglo XI, el rey moro de Toledo, llamado, según algunos cronistas, Cánón, según otros, Aldemón, antecesor de Aliménón, á quien D. Nicolás Moratín hizo en toda España célebre con su romance

«Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo.....»

tenía una hija, dechado de belleza corporal y maravilla de hermosura del alma.

Casila ó Casilda, que con los dos nombres la citan los que escribieron su panegírico, aunque prevaleció definitivamente el segundo, había nacido para demostrar lo que es un ángel sobre la tierra. Desde sus primeros años la inflamaba el fuego de la caridad, que ejercía con incansable afán,

con júbilo indecible. Joyas, preseas, trajes recamados, oro, cuanto podía poseer por su estirpe y por las riquezas de su padre, todo se convertía en elemento de auxilio para los infortunados, á quienes buscaba y encontraba por muy ocultas que estuviesen sus angustias y pobreza.

Llamó su atención ¿cómo no había de llamarla? y constituyó el objeto principal de sus anhelos la tristísima situación de los pobres cautivos cristianos, que al Rey su padre llegaban con frecuencia por centenares, y encerrados en lóbregas mazmorras, como rebaños de carneros, con escaso y mal alimento, sin salir al aire más que para rudos trabajos y sometidos al palo y al látigo de sus inexorables guardianes, presentaban el aspecto de la muerte, pálidos, demacrados, sin hallar compasión de su infortunio ni otra cosa que miradas de fiera saña ó profundo desprecio para sus miradas de dolor y de intensa amargura.

Casilda se constituyó en su protectora, en otra misericordiosa Providencia: no sólo les llevaba el consuelo de su presencia, bondad y palabras de inefable esperanza, sino también abundante alimento, que les repartía con su propia mano. El rey la proveía con alta munificencia para sus gastos y los de su numerosa servidumbre, y lo primero que hacía era separar las dos terceras partes para sus protegidos cautivos. ¡Cuántas bendiciones que salían de las mazmorras volverían desde el cielo sobre aquella alma elegida!

Probablemente la envidia y el feroz espíritu de secta pusieron á la esclarecida doncella en un duro trance, del cual la sacó victoriosa la protección de lo alto, quien la había dotado de espíritu sobrehumano é infundido en su corazón el fuego de la caridad, el soplo de la vida de los ángeles. Se la acusó ante el Rey de ser favorecedora y partidaria de los cristianos cautivos, á quienes todos los días llevaba personalmente un abundante alimento, del cual eran indignos, y mucho más de que lo suministrara la hija de un defensor del Profeta. El dolor y la ira que le produjo tan terrible acusación fueron tanto más grandes cuanto que amaba entrañablemente á su hija: la lucha entre el cariño y los sentimientos de creyente, entre padre y rey mahometano, fué tempestuosa: se resistía á creer en tal infideli-

dad religiosa por parte de la joven Princesa; mas las afirmaciones eran decisivas y se le ofrecía la prueba para aquel mismo día.

No quiso el Rey confiar en ajeno testimonio, y se decidió á adquirir por sí propio el convencimiento. En el sitio y hora que le habian indicado, apareció de repente, sorprendiendo á Casilda, que llevaba la antifalda llena de pan y viandas para los cautivos.

—¿Qué llevas?—preguntó airado y convencido de la certeza de la acusación.

Sin vacilar y mirando dulcemente á su padre, contesta Casilda:

—Rosas.

Mas airado por lo que suponía ser un engaño, la intima que descubra lo que lleva cuidadosamente cubierto, y encuentra ser verdad lo que le acaba de decir su hija: la antifalda estaba llena de rosas. Entonces el Rey convirtió la ira contra los calumniadores de Casilda, á quienes dió en rostro con su maldad, amenazándoles con su cólera si volvían á poner en lenguas el nombre de la inocente joven.

Dicen algunos biógrafos de la santa doncella que no fué objeto de la sorpresa y pesquisa del Rey lo que Casilda llevaba en su vestidura, sino las canastas que conducían sus servidoras, y al ser descubiertas aparecieron llenas de rosas. El asunto es mínimo y de todo pudo haber; mas los pintores, aceptando la versión de carácter más íntimo y personal, han representado á la santa sin acompañamiento y mostrando á su padre el delantal lleno de rosas.

¿Faltó á la verdad Casilda al dar á su padre la respuesta que dió? Llevaba pan y viandas y dijo que eran rosas. En aquel momento era verdad, y el suceso lo demostró cumplidamente: no era ella quien hablaba, sino quien había obrado tan maravillosa transformación. *Non estis vos qui loquimini....*

Enfermó la caritativa y angelical Princesa, y la dolencia, peculiar del sexo, hacía funestisimos progresos. Acudieron por mandado del Rey los más afamados médicos; agotaron todos los recursos de su arte y de su ingenio, mas la enfermedad no cedía; faltaban ya las fuerzas á la paciente y la vida se iba extinguiendo con lamentable rapidez. Profundamente pesarosos y humillados en su amor propio profesional, hubieron los médicos de anunciar al Rey que no encontraban remedio para su hija y que la muerte la acechaba ya como á una próxima presa.

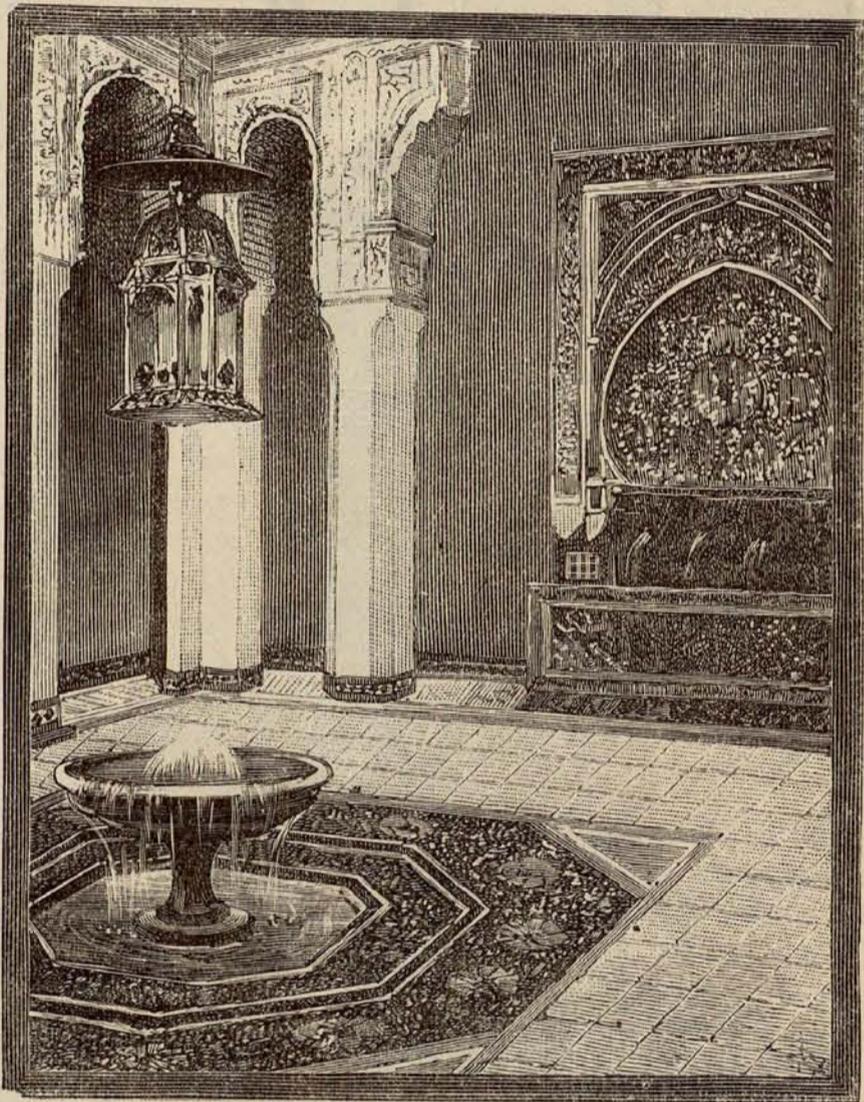
El intenso dolor de aquel padre tuvo un lenitivo en la esperanza. Difundido por el regio alcázar el rumor de tan triste anuncio, llegó á oídos de los cautivos cristianos, que agradecidos á los beneficios de la Princesa se apresuraron á hacer llegar hasta el Rey la venturosa nueva de que en Castilla, en la región de Burgos, habia una fuente cuyas aguas maravillosas devolvían la salud á cuantas padecían la enfermedad que aquejaba á su hija y las análogas ó que reconociesen por causa la extravasación de la sangre.

Convencido por el testimonio de cuantos cautivos quiso oír, surgió en su ánimo una duda: ¿podría él, príncipe mahometano, consentir en que su hija pasara á tierra de infieles, aun cuando fuese para recobrar la salud perdida y librarse de la muerte que como segura y próxima habian pronosticado los entendidos en el arte de curar? El asunto era grave, y de nuevo surgió la lucha entre el padre y el sectario; del

sectario en todos los tiempos intransigente y en aquellos feroz por los odios de raza y rencores de religión.

«*Rex*—dicen los biógrafos de la esclarecida doncella toledana—*ad Concilium retulit. Visum omnibus est regie virginis saluti consulendum esse.*» «El Rey llevó el asunto á su Consejo. Todos fueron de parecer de que debía atenderse á salvar á la regia virgen»; es decir, de que se la enviase á beber las aguas de la fuente milagrosa.

Aquí algunos cronistas afirman que el Rey moro de Toledo pidió al de Castilla (habría sido al Conde) el permiso



PATIO ÁRABE.

para el libre paso de Casilda por tierras de sus dominios y permanencia en el lugar ó sitio de las aguas saludables; permiso pronta y caballerosamente concedido por el castellano; aunque á decir verdad no sería necesario, si, como escriben otros panegiristas, la Princesa salió de Toledo y se dirigió á tierra de Burgos, *Deo monstrante iter.*

El hecho fué que llegó á Briviesca y de allí en seguida al término de su viaje.

II.

En lo alto de la peñascosa sierra que corre por el Norte de Briviesca y toda la comarca de la Bureba hay, y en aquellos tiempos habia, un santuario erigido en honor de San Vicente, diácono, glorioso mártir de principios del siglo IV, uno de los innumerables de la persecución de Diocleciano, Entre sus milagros habian sido y eran de los más admirados las curaciones de todas las hemorragias. La devoción,

sostenida y aumentada por los prodigios, á todos visibles, hacia de aquel santuario uno de los más celebrados de España. Allí están los pozos de las aguas milagrosas, aunque

aquel sitio; dispuso que junto al santuario se la edificase vivienda para sí y sus sirvientas, y después de muy larga vida, fecundísima en milagros, murió delante del altar de San Vicente, dirigiendo á Dios su ferviente y último ruego, el de que todos los que acudiesen á aquel santuario en busca de remedio para dolencia de sangre obtuvieran el beneficio que allí había recibido; la curación completa de su mal.

III.

La devoción que ya en vida inspiró la santa; el hallarse su cuerpo encerrado en magnífico mausoleo dentro del santuario, y el transcurso del tiempo, hicieron que desapareciera para los habitantes de aquella comarca la denominación de San Vicente y sólo quedara la de *Santuario de Santa Casilda*, con la cual es célebre desde hace siglos. La piadosa tradición ha conservado el espíritu de caridad que animaba á la santa titular: en su hospedería se da gratuitamente albergue á cuantos van en cristiana romería á invocar su protección.

Hay dos pozos, uno de los cuales se conoce con el nombre de *Pozo de San Vicente*; el otro, con el de *Pozo de Santa Casilda*.

Al primero, conservando fielmente la historia de los milagros que obró el santo mártir y la especialidad de su patrocinio, acuden cuantas padecen enfermedad análoga á la que afligió en su primera juventud á Santa Casilda. En sus aguas lavan las ropas interiores las aquejadas por tal dolencia, y con ello encuentran el anhelado remedio. El escepticismo y la incredulidad pueden reirse tanto de lo que yo digo aquí, como de lo que se hace allí; mas hay una observación muy sencilla para recomendar alguna seriedad á tales riesgos: más de diez siglos hace que se practicaba lo que hoy todavía se practica: ¿se habría estado por más de mil años trepando á aquella altura para lavar ropa de enfermas, si no se hubiese experimentado la eficacia de semejante operación? ¿Habrían resistido cuarenta

generaciones, por grande que fuera su fe, al desconsuelo de un constante desengaño?

El segundo, el llamado de Santa Casilda, por una singularísima transformación en las ideas y tradiciones y sin que conste claramente su origen, es objeto de bien distintos votos, de especialísima devoción y verdadera fuente de es-



LA ORACIÓN DEL MUEZÍN.

los que han escrito del martirio y milagros de San Vicente dicen que no está la eficacia en las aguas, sino en la intervención del santo y en la fe de los que á ellas recurren.

Allá fué Casilda y allí se encontró instantáneamente libre de su terrible enfermedad y restituida á la salud, vigor y lozanía de que la había privado. No quiso apartarse ya de

peranzas. Al propio tiempo que en las súplicas para la curación de enfermedades de sangre, se invoca la intercesión conjunta de San Vicente y Santa Casilda, y más la de esta celestial abogada que la del santo mártir, ha quedado el primer pozo como remedio material de la enfermedad, y el de Santa Casilda como recurso para las estériles; para la que quiere convertirse en *matrem filiorum letantem*.

La castísima doncella de Toledo se convirtió, sabe Dios cuándo, en abogada de la fecundidad.

A su santuario van, con ardiente fe, con fundada esperanza, las romeras anhelantes de posteridad, y después de orar ante el sepulcro de la Santa, pidiendo el beneficio de la sucesión, se dirigen solícitas al pozo, y siguiendo secular costumbre, ejecutan un acto al parecer de suprema puerilidad, y que no es fácil saber ni calcular cuándo y por qué inventaría la imaginación femenil. Por cada hijo que desean arrojan al pozo una piedrecita, y por cada hija un trocito de teja.

Aquí de la anterior observación. ¿No ha de causar risa al indiferente y descreído lo de la piedrecita y el trozo de teja? Y sin embargo, desde hace siglos el pozo se llena de pequeñas piedras y tejas; se limpia y se vuelve á llenar, y no hay visos de que cese esta faena. ¿Por qué será? ¿No se ha llegado todavía á difundir la idea de que todo es ilusión, ó se ha adquirido el convencimiento de que hay algo y no poco de verdad en lo que hace recordar la fábula de Deucalion, que arrojaba piedras y se convertían en hombres? La visita al santuario continúa, el pozo se llena de piedras y fragmentos de teja; yo consigno el hecho, y cada cual puede deducir las consecuencias que le plazcan.

La subida á la cumbre donde se halla el santuario se ha suavizado en los últimos tiempos; hasta mediados de este siglo se hacia la ascensión en pacientes y bien acostumbradas pollinas, únicas que sabían y podían sentar con seguridad su planta en aquella áspera y pedregosa senda y trepar hasta los riscos del santuario. Ahora, ensanchado convenientemente el camino, se sube en coche, á partir de Brieviesca, hasta cierta altura en la falda de la montaña, y desde allí en las antiguas cabalgaduras ó á pie.

Hay en las inmediaciones del santuario unas piedras llamadas de Santa Casilda, de forma perfectamente exágona, de unos dos centímetros de ancho y poco más de uno de alto; su color entre topacio y venturina, y su tallado tan fino y correcto que parecen labradas por muy experta mano y con finísimo cincel; en el centro y por los dos lados tienen una punta, semejando ruedas de molino; su materia es yeso cristalizado, de extraordinaria dureza y consistencia. No hay romera que descienda del santuario sin coger algunas piedras como recuerdo de su peregrinación y de la Santa.

IV.

Era un matrimonio todavía joven: él, modesto empleado de cuatro mil pesetas de sueldo, recientemente ascendido á cinco mil.

Sólo una nube empañaba el azul de aquel cielo de felicidad: no había sucesión; mas al séptimo año de consorcio se presentaron síntomas venturosos de un cambio y legítimas esperanzas de aumento de familia.

En uno de los momentos de expansión conyugal la esposa

reveló á su marido lo que hasta entonces no había creído oportuno manifestarle: que aprovechando una de sus ausencias oficiales, había ido al santuario de Santa Casilda; le explicó lo que era tal romería, y le dijo haber arrojado al legendario pozo tres trocitos de teja y cuatro piedras.

—¡Siete hijos!—exclamó asustado el marido.—Pero, Pilar, ¿sabes lo que has hecho? ¿Un pobre empleado con cinco mil pesetas, siete hijos? ¿Cómo los mantenemos.... cómo los educamos?.....

—No siempre has de tener cinco mil pesetas; hace un mes tenías cuatro mil; vas á tener un hijo y ya cuentas con mil más; de seguro que para cuando lleguemos al séptimo tienes doce mil y quinientas; que serás Director general....

—O cesante sin derechos pasivos; puede el Ministro tener un sobrino ó amigo á quien dar el ascenso y disponer para ello de mi plaza; entonces estaremos bien con un cargamento de hijos.....

—Ya sabes lo que se dice: que con cada hijo viene un pan á casa.....

—No: el pan no viene; hay que traerlo; y ¡digo!.... ¡siete panes más, ó mejor dicho, veintiun panecillos, cuando se coman á tres por barba! ¡Siete hijos! ¿No hubieras procedido con más cordura pidiendo á la Santa que nos diera los que pudiesen convenirnos, en vez de pedirle siete ó arrojar tantas piedras y tejas al pozo? ¿Cómo salimos de tres hijas y cuatro hijos?

—No se trata ahora de salir de ellos, sino de que entren en casa; las niñas, si son bonitas y bien educadas, tendrán fácil acomodo: de los chicos, haces á uno ingeniero de montes, á otro registrador de la propiedad, al tercero médico especialista y al cuarto.....

—Al cuarto, soldado, para que pueda ascender á cabo ó sargento y obtener con el tiempo un estanco ó una portería; á los otros para que consigan los destinos ó posiciones á que te refieres, les daremos las carreras..... en pelo, porque de otra manera no sé de dónde hemos de sacar el dinero para costearlas. ¿No podrias pedir á la Santa que dejara en parte sin efecto esa especie de voto.....?

—Si quieres que le pida, no que lo deje en parte, sino en todo.....

—Eso no, Pilar, eso no..... Siento haberte molestado.... En fin, sea lo que Dios quiera.....

—Con lo que Dios te dé, con eso te encuentras.....

—¡Es verdad..... es verdad..... pero..... siete hijos!.....

En aquella noche no durmió el futuro padre; ardía su cabeza; imaginaba verse rodeado de un enjambre de chicos, y prescindía de los goces de la paternidad para fijarse en las angustias de su situación financiera. Casi, casi abominaba de la posteridad y aun revolvía en su mente ir al santuario de Santa Casilda, acercarse al pozo y ver de sacar las piedras y tejas que había arrojado su mujer.

Mas la empresa era imposible.

V.

Algunos meses después dió á luz con toda felicidad la esposa una niña. El padre no cabía en sí de júbilo; ya no se acordaba de los apuros que había expresado con vehemencia, ni de los hijos que pudieran venir detrás.

No había para él más mundo ni más ilusiones que su hija.

Al día siguiente la llevaron á bautizar, y su padre quiso que se le pusiera por nombre Consuelo.

Cuando la trajeron ya hecha cristiana, la cogió, la besó cien veces y dijo con el mayor entusiasmo á su madre:

—¡Qué bonita es!

—Pues mira—dijo la esposa con sencillez—tengo por cierto que las otras dos han de ser todavía más bonitas....

Y cuando vengan los chicos....

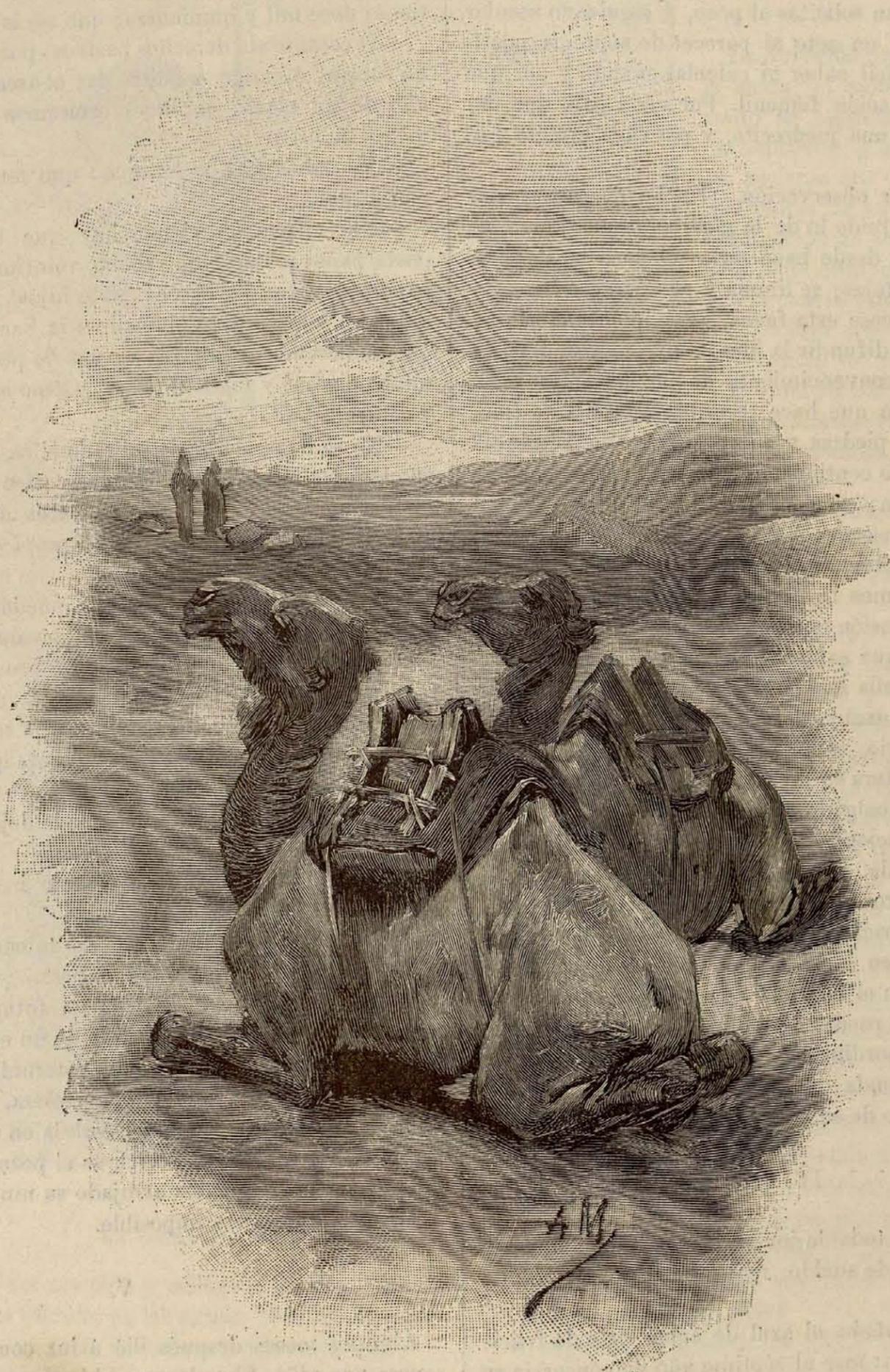
El marido, muy molino, entregó la niña á su madre, diciendo con amargura y despecho:

—En el Ministerio se hablaba hoy de un arreglo para hacer economías; si nos toca la china, podrás ir á arrojarla al pozo de Santa Casilda, para que sea uno más: la miseria repartida tocará á menos.

Y dirigiéndose á su despacho, iba diciendo:

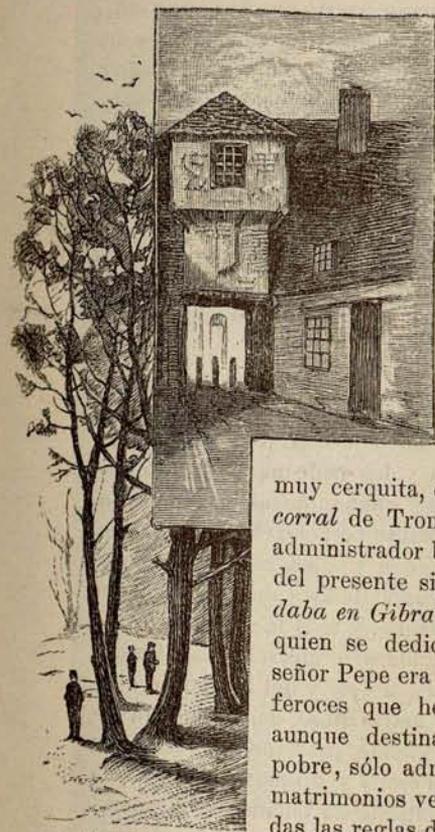
—¿No querías sucesión? pues toma sucesión.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



CORRECCION MILAGROSA

CUENTO



I.

En la Cabeza de D. Pedro el Cruel había un zapatero que se llamaba Aguado. Es decir, no precisamente dentro de la cabeza del monarca, sino en el sitio que tal nombre lleva en Sevilla, ó sea en la calle del Candilejo y sus contornos. Allí cerca,

muy cerquita, está la casa de vecindad ó corral de Tromperos, cuyo propietario y administrador lo era entonces, á mediados del presente siglo, el señor Pepe, que *andaba en Gibraltar*, como solía decirse de quien se dedicaba al contrabando. Este señor Pepe era uno de los moralistas más feroces que he conocido: en su corral, aunque destinado á viviendas de gente pobre, sólo admitía solteros ó viudos, ó matrimonios verdaderos y hechos con todas las reglas del arte canónico: nada de

líos, ni parejitas sospechosas, ni otros gatuperios de los que tanto abundan en las más lujosas fondas de las grandes capitales. Y tan á punta de lanza llevaba su escrupulosidad en esto, que prefería tener algunas viviendas desalquiladas y no cobrar por ellas un ochavo, antes de ceder un ápice en lo que él apellidaba «la fama de los Tromperos». No pocos aspirantes á inquilinos salían echando venablos contra el señor Pepe, porque «les expurgaba el linaje, como si fuesen á emparentar con er mismísimo emperaoor Carlomagno», según palabras de un gitano algo *prestidigitador* á quien no quiso arrendar ningún aposento.

Pues en este corral vivía mi héroe con su legítima consorte, que si no era una santa, de seguro no le faltaban ni dos centímetros para serlo, por la paciencia y mansedumbre

con que aguantaba los malos tratos de su marido. Pero no adelantemos los palos, y siga la narración con orden por sus trámites naturales.

El zapatero Aguado era natural de Madrid (él decía que de *Madriz*); y como todos los madrileños dedicados á oficio manual, desdeñaba el título de artesano y apellidábase *artista*, sin duda porque este nombre le parecía más bonito. No era hermano, ni primo, ni cuñado siquiera, de aquel famoso Aguado que tanta celebridad alcanzó en París y Londres tocando la guitarra como un ángel, si es que los ángeles tocan guitarras allá en el cielo; ni tampoco del otro insigne Aguado, gran maestro del *cante jondo*, que así *se arrancaba* por oles, playeras, polos, serranas, soledades, sevillanas y malagueñas, como apuraba la voz y sentimiento en la caña, verdadera madre y raíz de todos los cantares finos de la gente del bronce. A estar emparentado con ellos, algo tendría de artista, por afinidad; mas no estándolo, cerrábasele todas las trochas y callejuelas para salir de artesano y zapatero. Aun menos que lo de artista le cuadraba lo de Aguado, pues era del agua poco devoto, y menos todavía de la que el tabernero solía poner en el vino, que fué por muchos años su delicia, hasta que encontrándolo insípido y flojillo, tomó una resolución heroica y se entregó al aguardiente. Los primeros meses bebía poco, no por templanza, sino porque á los primeros tragos solía coger la mona y quedar inútil para seguir bebiendo; mas cuando llegó á tomarle el gusto de veras y á encallecerse el gznate con el fogoso líquido, necesitaba una botella para empezar, y ya comenzadas las libaciones, hubiera tragado aguarrás sin hacer gestos, si se lo hubiesen dado.

Alto. Aquí suelto la pluma y enciendo un cigarrito. Mientras lo fumo, considero cuán propio sería de este lugar y qué fácil tarea enderezar á los lectores algunas reflexiones morales acerca de la naturaleza de los vicios y su funesta y siempre creciente influencia sobre los viciosos, hasta llevarlos por irresistible pendiente al fondo del abismo; con otros avisos tan profundos como nuevos, y tan nuevos como profundos. Y si añadía después aquello de «¿Adónde vas, desgraciado? ¡Detente, que te pierdes!» quizá algunos me

tuviesen por hombre *de buenas ideas* y hasta por piadoso moralista. Pero me empalagan y revientan los sermones intercalados como cuñas en los relatos, y así, prosigo mi cuento.

Desde que el zapatero se dió á empinar de firme el codo, ya en su pobre hogar no hubo amor, ni tranquilidad, ni siquiera tolerancia, y muchos días ni un triste y solo mendrugo de pan que llevar á la boca. Porque mientras Aguado se emborrachaba periódicamente los lunes, á fuer de miembro del gremio y cofradía de San Crispín, todavía el resto de la semana era consagrado á la labor, y sin levantar cabeza mi héroe ni soltar los trastos del oficio, echaba punteras, tapas, remiendos y medias suelas con primor notable, y hasta ejercía de obra prima fabricando para aguadores y carreteros zapatonos como lanchas, guarnecidos de enormes clavos, muy semejantes á los que suelen adornar y reforzar las puertas de las iglesias. Pero cuando la embriaguez se hizo diaria ó cuasi diaria, no quedó tiempo ni humor para el trabajo, y sin trabajo no hubo dinero, y como el dinero le hacía grandísima falta, pues aun no se ha descubierto la manera de vivir sin comer, empezaron los viajes á las casas de empeños, hasta que la zapateril pareja se quedó más pelada que un perro chino. Lástima daba sólo el asomarse á su mezquino tugurio: las sillas, la cómoda, el espejillo, el arca, donde ya no había ropas que guardar, hasta la cama, todo había desaparecido en esos antros oscuros en que el logrero plebeyo extrae la última gota de sangre del menesteroso, como la araña la de la mosca enredada en su tela.

«Donde no hay harina todo es mohina», dice un refrán, y tiene muchísima razón. ¡Cuántos genios endiablados y hasta cuántas dolencias reputadas por gravísimas y mortales se curarían radicalmente con aplicarse al estómago una buena cataplasma de onzas de oro ó de billetes del Banco de España! No es inverosímil, pues, que la miseria agriase el carácter del pedestre artista, convirtiéndole de Aguado en avinado primero, y avinagrado después, y, finalmente, en una especie de fiera gruñidora y rabiosa, dispuesta siempre á pelearse hasta con su misma sombra. Mientras lavaba en la pila común del patio una muchacha del corral, que así se acordaba de mi héroe como de los mártires del Japón, tuvo la infeliz ocurrencia de entonar aquella copla de:

No lo quiero zapatero,
Que se le secan los muslos;
Vale más un arriero,
Que vaya y venga en su mulo.

Y no había concluido el último verso, cuando una horma, disparada con fuerza, pasó silbando ante los ojos de la cantora; y si la acierta en la cabeza, no vuelve á entonar más coplillas, á no ser en el otro mundo. Pero un hermano de la agraviada terció empuñando un soberbio garrote, y del primer boleo dió en tierra con el señor Aguado, y gracias á la mediación de los vecinos, aquí paró la reyerta. Otras veces, por si me miraste, ó tropezaste al pasar, ó tosiste con cierta malicia y retintín, el zapatero descargaba á granel una rociada de improperios y desvergüenzas sobre tirios y troyanos, quiero decir, sobre vecinas y vecinos, poniendo á éstos de bandidos y canallas, y á ellas obsequiándolas con las más amenas frases de su vocabulario de taberna. Concluían tales

algaradas con encerrarse el insultador en su cuchitril huyendo de los ofendidos, y sacudir á su propia mujer, por vía de desahogo, una tremenda paliza. Maltratábala también aunque antes no hubiese reñido con nadie; y tomada ya la costumbre del bofetón y el varapalo, apenas pasaba día sin golpes del borracho y sin cardenales y lágrimas de su víctima y consorte la tía Juana.

—Este hombre ha de parar en presidio—decían unos al escuchar aquellas escenas conyugales.

—La horca es lo que merece—opinaban las hembras.

—Deberíamos arrimarle tal paliza, que no le quedasen ganas de martirizar á esa infeliz.

—Lo que debemos hacer es contarle estos escándalos al señor Pepe el casero en cuanto vuelva de Gibraltar, que ya no puede tardar mucho, para que plante á ese tuno en mitad del arroyo. El corral de Tromperos tiene tanta honra como el Palacio Real, y no está bien que por unos pierdan otros.

Tal fué la opinión de los más graves y sesudos varones de aquella asamblea, y la hubieran puesto en obra, y el señor Pepe, que no era nada blando de carácter y odiaba los escándalos, habría lanzado al matrimonio á la calle, sin las súplicas de la tía Juana para que los vecinos ocultasen al casero sus desventuras, pues decía la infeliz con más deseo que esperanza:

—Ya se enmendará mi hombre.

Con efecto, el diabólico zapatero cada semana y cada día era más borrachín y manilargo. Así se enmendaba. Seguía la víctima sufriendo, y los continuos escándalos molestando á los muchos vecinos del corral, uno de los más populosos de Sevilla.

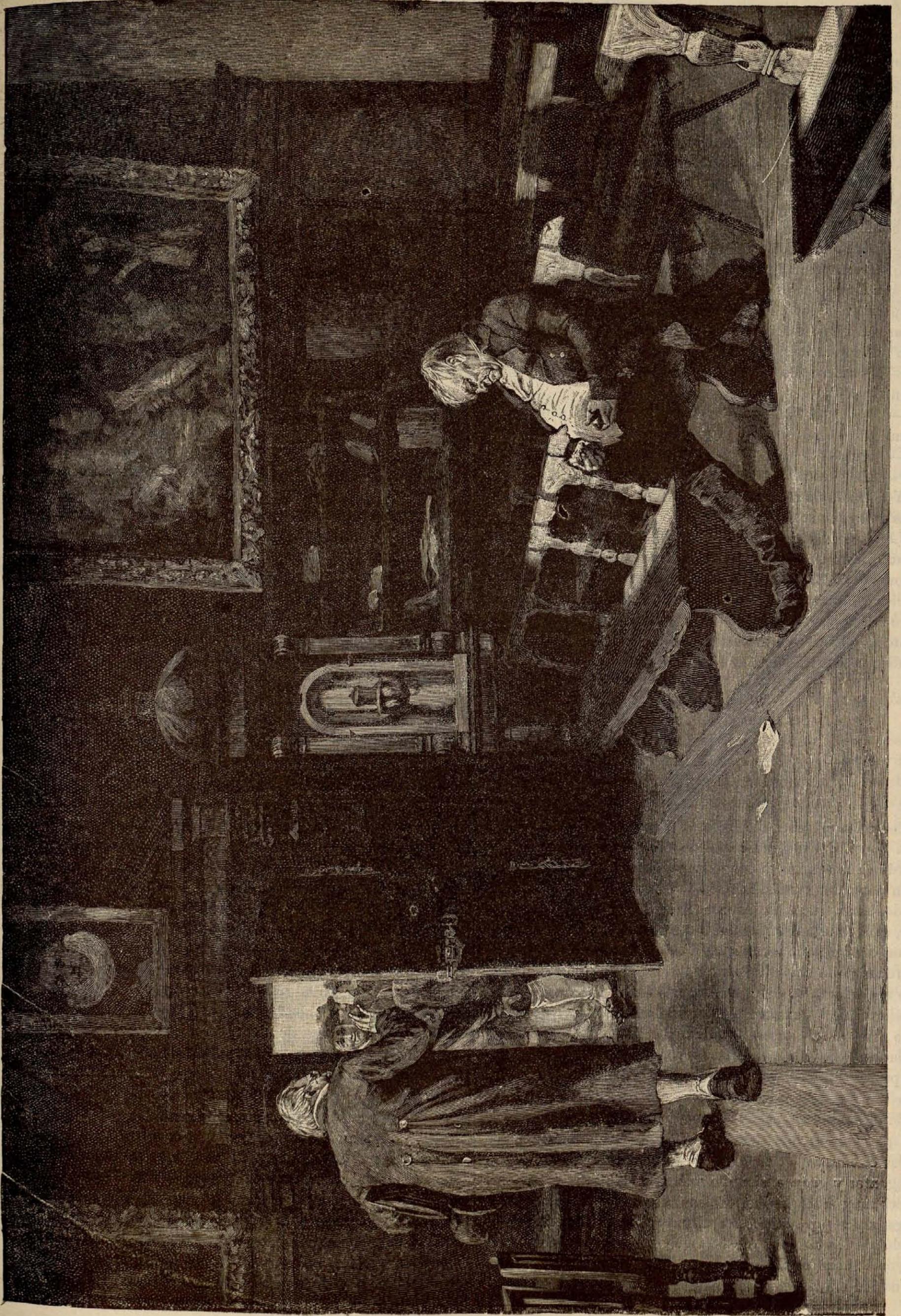
Pero no hay mal que cien años dure, ni enfermo que pueda resistirlo. Todas las situaciones muy violentas son por lo mismo inestables y transitorias; y lo fueron también las hazañas del furibundo Aguado y los padecimientos de su esposa. Pasados algunos meses y cuando menos lo esperaban, vieron sus convecinos al zapatero no borracho, ni holgazán, ni deslenguado, sino muy sereno y silencioso machacando suela, hincando la lezna y tirando de los cabos para ganarse el pan: al día siguiente lo mismo, y toda la semana igual, y aun pasó el mes entero sin achisparse una sola vez, ni pegar á la tía Juana, ni separarse del tirapié y del banquillo.

Ante cambio tan súbito y maravilloso, del que no era posible dudar, pues lo estaban viendo, perdíanse los vecinos en conjeturas para averiguar su causa y origen: quién apelaba al milagro, quién al arrepentimiento nacido de la misma conciencia, quién sostenía que el tal Aguado estuvo siempre loco y que su conducta actual era sólo forma nueva y distinta de su locura; opinión que prevaleció al cabo por el motivo siguiente.

Regresó el señor Pepe de Gibraltar, y no con los bolsillos llenos de viento, sino de oro y plata bien acuñados, cantantes y sonantes, y ganados á pulso, burlando á carabineros de mar y tierra, y suavizándolos otras veces con unto de Méjico; pues tanto el contrabandista como los del Resguardo sabían lo de

Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Para celebrar á un tiempo su llegada y el éxito feliz de sus especulaciones, convidó á varios de sus inquilinos á una



FINAL DE UNA SESIÓN.—Cuadro de Badmann.

juerga, donde hubo *menúo*, y arroz con pollos, y pajeles, y lenguados, y la mar de vino y el Guadalquivir de aguardiente. Comieron, cantaron, bailaron, se cruzaron ocurrencias originalísimas y réplicas estupendas; se tributó á Baco fervoroso culto y achispáronse todos, ó se pusieron á medios pelos, en ese estado de excitación beatífica en que las abuelas parecen jóvenes vestales y hasta los dedos de la mano se nos antojan huéspedes. Todos, sí, ellas y ellos bebieron como esponjas, con la única excepción del Sr. Aguado, quien tragó como un caimán, pero en lo tocante á la bebida, sólo tomó dos ó tres cañas de Sanlúcar y una pequeñísima copita de aguardiente. Por más que le porfiaron para que siguiese empuñando el codo, mantúvose inflexible en su sobriedad, y á las repetidas instancias que le hacían, contestaba siempre con estas mismas palabras:

—No quiero cuestiones con los santos; y con las santas, menos todavía.

—Pero, ¿qué tiene que ver la Corte celestial con que un hombre beba una botella, ó dos, ó cuatro?

—Yo me entiendo, y repito que no quiero cuestiones con los santos; y con las santas..... menos todavía.

Y no salió de semejante canción, ni bebió una sola gota más de lo que se había propuesto.

Los comensales mirábanse unos á otros con extrañeza. ¿Estará loco el pobre zapatero? ¿Querrá guasearse con nosotros? ¿Se le habrá perturbado la mollera con lo poco que ha bebido? Esto pensaban de Aguado, mirándole con lástima; pero su mujer y ex víctima la tía Juana, que se hallaba presente al jolgorio, no mostraba poca ni mucha inquietud; al contrario, sonreía como una bienaventurada.

II.

Como los orígenes del Egipto, Grecia y Roma, la primitiva época del insigne corral de Tromperos se obscurece y pierde en la sombra de los pasados siglos. Durante el xv y gran parte del xvi dió nombre á la calle en que estaba situado, hasta que á D. Alonso Fajardo, obispo de Esquilache, se le antojó destinar una gran casa suya para fundación de un convento de monjas, dedicado á las santas vírgenes, patronas de la ciudad, Justa y Rufina. Los vecinos del barrio apellidaron el nuevo monasterio *de las Virgenes*, y también así vino á llamarse la calle. El convento, aunque protegido por sus no escasas rentas, por la idea religiosa y los prelados de Sevilla, acabó en Mayo de 1837; pero el corral, sin protección ni amparo alguno, siguió viviendo y todavía vive tan populoso y rozagante.

En él habitaban, por el tiempo de mi historia, dos hermanas que podrían compararse á dos soberbias palmeras, á dos perlas orientales, y, en suma, á dos cosas de mérito, por lo arrogantes y guapas, si no lo recuerdo mal, pues era yo entonces muy mozo. Sus vecinos, al verlas tan hermosas y de gallardas proporciones esculturales, bautizaronlas con el apodo de las *estautas* ó estatuas, y así eran conocidas. La mayor de ellas estaba medio casada; y digo *medio*, porque su marido era timonel de un místico y andaba la mitad ó

más del año dando tumbos por los mares; y mientras aguardaba á su errante Ulises, trabajaba esta Penélope de cigarrera en la Real Fábrica de Tabacos. Quizá desde que el armenio Juan Bautista Carrafa empezó en Sevilla á elaborar las aromáticas hojas de Cuba en 1620, habrían existido pocas, muy pocas cigarreras de igual pelaje y semejantes bríos. Su hermana era moza y costurera, y ambas *estautas* vivían juntas en sana paz, con desahogo y cierta abundancia relativa. Eran alegres sin liviandad, y económicas sin miseria. Como buenas vecinas, ayudaron y socorrieron no pocas veces á la tía Juana, compadeciéndola tanto como aborrecían y menospreciaban al borrachón del zapatero, que no contentó con gastar lo necesario para el pan en ponerse el estómago hecho una cantimplora de aguardiente, todavía el muy condenado agravaba su mala conducta con la ruindad de pegar á su mujer antes de tenderse á dormir la mona. Mientras duraba el vapuleo, no se defendía la víctima por miedo de irritar y enfurecer á su verdugo, y que éste pudiera tirar de la *pluma* (navaja) ó empuñar alguna chaveta del oficio y despanzurrarla y abrirla en canal, echándola fuera las asaduras y mondongos.

Pero si no se defendía con las manos, tenía suelta la lengua y vigorosos pulmones, gracias á Dios, y su voz resonaba como un clarín, y es fama que algunos de sus alaridos se oyeron en la Alfalfa, en la Casa de las Águilas y hasta en la de Pilatos. ¡Lástima grande que con órgano tan sonoro no se hubiese dedicado á la ópera italiana! Así, por falta de cultivo, las mejores aptitudes suelen quedar estériles y perdidas para el mundo.

Claro es que oyéndose á medio kilómetro los gritos de la paciente, mucho mejor se oírían de cerca, y como las referidas *estautas* eran de carne y hueso y nada sordas, no dejaban de percibir ni un golpe, ni un quejido. Indignábanse de veras las varoniles hermanas de tan inmotivados castigos, y más de una vez estuvieron á punto de intervenir, como parte activa, en las conyugales reyertas, administrando al flacucho y enclenque zapatero tal paliza, que no le quedasen humor ni ganas de armar nuevos escándalos. Pero conteníanse por temor al *qué dirán*, tan poderoso en las casas habitadas de muchos vecinos. Con todo, es grave cosa que en el cerebro penetre una idea, y la voluntad la acaricie, y á menudo la memoria nos la presente. Porque entonces de seguro, si no es un día, vendrá otro en que la realicemos, siquiera para vernos libres de su obsesión continua, más inaguantable y pesada que pegajosa mosca en fines de verano. Hombre hubo en quien la idea del suicidio estuvo labrando y ahondando meses y años enteros, hasta acabar por arrojarle de una torre ó dispararse un pistoletazo. Y las *estautas* habían concebido y acariciado el saludable propósito de arrimarle un buen jabón al desalmado zapatero.

Cierta noche velaban en su salita sentadas á la copa (braseró), y repasando algunos trapitos, mientras en los largos corredores y el anchuroso patio próximo caía la lluvia con fuerza. Hablaban de sus cosas y recordaban al ausente marido, que en noches semejantes de viento y agua vería caer los rayos y centellas y hervir las olas del mar siempre agarrado á la caña del timón, y siempre menospreciando los peligros para ganar un pedazo de pan y retirarse á comerlo con su familia; pero interrumpió tales pláticas la tía Juana.

Entró con pie silencioso, los ojos encendidos como de haber llorado, y se sentó en un rincón sin decir palabra, aunque su aspecto abatido y la expresión de su rostro manifestaban claramente sus pesares.

—Gracias á Dios, tía Juana, que al cabo de nueve ó diez días la vemos por aquí—dijo la cigarrera.—Pero trae usted una cara, que sólo de verla dan ganas de llorar. ¿Qué ha pasado? ¿Sigue lo mismo ese hombre?

Por toda contestación la tía Juana alzó las mangas de su pobre vestidillo, mostrando los brazos morenos y delgados como dos palitroques, y llenos de cardenales y contusiones. Conociase que le habían servido de escudo y defensa contra los golpes del borracho. Al mismo tiempo se echó á llorar con el mayor desconsuelo. Sus vecinas se indignaron, y la mayor de ambas hermanas exclamó no sin dureza:

—De todo eso tiene la culpa el tunante, y usted la tiene también.

—¿Yo? ¿yo? Muchas gracias, vecina; muchas gracias por el consuelo. Pues ¿qué quiere usted que haga? En todo le obedezco y le llevo la corriente. Si no hay que comer, lo busco fiado; si empeña nuestras últimas ropas y hasta los colchones, yo callada como una muerta; si después de maltratarme cae como un tronco y duerme diez horas seguidas, no intento vengarme y le guardo el sueño; trabajo hasta reventar, y no hubiera comido muchos días sin la caridad de ustedes y de otras buenas personas.... en fin, ¿qué queréis que haga? ¿Que me vuelva loca, ó me tire de cabeza por un barranco?

Y la infeliz mujer volvió á sus lágrimas y suspiros.

—Tía Juana—contestó pausadamente la hermosa cigarrera—ni mi hermana ni yo, ni nadie en el mundo queremos que se le vuelva el juicio, ni se tire á ninguna parte, ni haga nada contrario de lo que es regular y justo. Lo que si deseamos todos cuantos la conocemos y sentimos sus pesares y la mala vida que lleva, es que esos pesares concluyan, y esa vida cambie, y su marido se enmiende; y en vez de manejar el palo, maneje las herramientas de su oficio para ganar de comer. Creo que esto no es pedir ninguna injusticia, ni tampoco ningún imposible.

—Injusticia, claro está que no; pero imposible sí lo es, y de los más grandes. Si ustedes supieran las partes de rosarios que llevo rezadas, y rosarios enteros á todos los ángeles y arcángeles, santos y santas del Paraíso, para que á mi hombre se le mude el corazón.... se asombrarían ustedes.... y consigo mucho, porque de cada día es más devoto del aguardiente, y más aficionado á pegar que un maestro de escuela.

Ambas hermanas se miraron de acuerdo, con imperceptible sonrisa, y la menor, que hasta entonces no había terciado en el coloquio, dijo dulcemente:

—Vamos, vamos, tía Juana: el remedio no está en rezar mucho, sino en elegir buen patrono y saber á quién se reza. Lo que un santo no hace, quizá pueda y quiera hacerlo otro. ¿Quién lo duda? Además, que cada cuál sirve para su cosa. ¿No están ahí San Roque para las llagas y la peste, Santa Lucía para los ojos, San Blas para las enfermedades de la garganta, Santa Polonia para los dolores de muelas, y otros muchísimos que he oído ponderar y de que ahora no me acuerdo? Pues las benditas y santas hermanas Justa y Rufina tienen la virtud de arreglar matrimonios desaveni-

dos y dejarlos tranquilos y en paz, como una balsa de aceite. Díganos la verdad. ¿Se ha encomendado á ellas?

—No, hijas mías: por lo menos yo no recuerdo ahora....

—Entonces no hay que hablar: ya pareció la falta. Y sepa usted que si las benditas hermanas son patronas de Sevilla, lo son más todavía de los vecinos de esta calle, que lleva su nombre, y donde tuvieron su iglesia hasta hace trece ó catorce años, pues yo la conocí siendo muy niña. Conque, tía Juana, déjese de lloriqueos y tenga confianza. Cuando su marido se achispe y quiera maltratarla, no rece á los arcángeles ni á los niños del Limbo, que ya está visto que no dan juego, sino llame á las benditas hermanas Justa y Rufina, y ellas la favorecerán y sacarán de apuros.

—Así lo haré—dijo la mujer del zapatero sólo por decir algo, pues no tenía la menor fe en las intervenciones milagrosas.

Después cenó en compañía de las *estautas* y se retiró á su tugurio.

Entre tanto, el benémerito Sr. Aguado seguía desacreditando su apellido, más borracho hoy que ayer, y disponiéndose á serlo mañana más todavía, si es que en lo perfecto y absoluto cabe progresión alguna. Lo que no admite explicación es cómo sostenía el vicio de la embriaguez, sin recursos para pagarlo. ¿Le daban de balde la bebida? No es creíble. ¿Se la fiaban? No es probable. ¿Le convidaban los amigos? El pobre suele no tenerlos. Sin embargo de todos estos razonamientos lógicos, mi héroe seguía bebiendo, y el líquido ardoroso produciendo sus resultados naturales, á saber: perturbación del juicio, y pescozones y puntapiés y aun garrotazos á la tía Juana, con cuyo brutal tratamiento iba haciéndosele muy difícil y penosa la vida á la infeliz zapatera.

Llegando días y pasando días, no fué ya difícil y penosa, sino imposible del todo, á no tener cuerpo de bronce y vocación de mártir. Porque los golpes, sobre más frecuentes, eran de cada vez más duros y espesos como granizo y capaces de dejar señales en la piel de un buey. Acompañaban el vapuleo á manera de salmodia los improperios y amenazas, tal como en la ópera la música y la letra se conciertan y ligan, apoyándose mutuamente para producir mayor efecto.

Lamentábase la zapatera de su desventurada suerte con sus vecinas *las estautas*, quienes le contestaban.

—Oiga usted, tía Juana, por más que diga y se queje, á nosotras se nos figura que á usted le gusta la leña, y hasta se relame y se chupa los dedos de júbilo cuando le atizan, porque de otra manera....

—¿Qué me ha de gustar, si tengo esta paletilla que me echa fuego? Y tampoco me gusta que salgan ustedes por ese registro. ¿Soy yo alguna bestia? Pues ni á las bestias les parece bien que las aporreen y maltraten, y mucho menos á los cristianos.

—Pues entonces, tonta y retonta, ¿por qué lo sufre usted un día y otro, teniendo en sus propias manos el remedio? ¿Por qué no llama á las benditas hermanas Justa y Rufina para que la favorezcan y socorran?

—Porque estas santas serán como las demás y como los santos, que ya estoy cansada de pedirles y suplicarles, y encomendarme á ellos; y si no son sordos, tanto valen para el caso, según el poquisimo ó ninguno que hacen de mis ora-

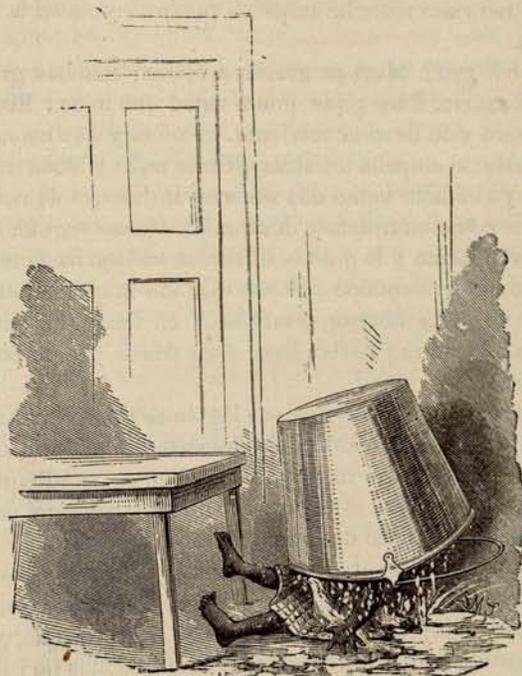
ciones ni de mis lágrimas. Bien dice el refrán castellano: «Fíate de la Virgen y no corras», y además....

—Tía Juana, no hable picardías, tenga fe y acuérdesese de las santas: ya hace lo menos dos meses desde que se lo dijimos, y desde entonces podrían haberse acabado las borracheras y las palizas, y ya estaríais viviendo en paz como los ángeles.

Pensativa quedó la tía Juana escuchando tales afirmaciones. La inutilidad de sus anteriores plegarias y rezos, aunque dictados por la más sana fe religiosa y nacidos del corazón, sirvió para socavar los cimientos de su confianza en los intercesores celestiales, infundiéndola cierta levadura des-

digios. ¿Acaso, con el fin de engañarla á ella, pobre y desconocida, estaría de antemano confabulada tanta gente? Sólo el imaginarlo era absurdo. Mas, en caso favorable, ¿qué harían las santas? ¿Tocar y mudar el corazón del zapatero? ¿Lanzarle un rayo y convertirle en ceniza? La bondadosa tía Juana, aunque justamente resentida, no deseaba esto ahora, ni lo deseó nunca. Hubiéranse aplicado con acierto estas divinas palabras: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»

Como no estaba acostumbrada á reflexionar tanto y en materias tan profundas, estas cavilaciones sólo la produjeron un dolor de cabeza algo más que mediano y un pertinaz



creída y espíritu volteriano, sin necesidad de haber conocido á Voltaire, ni leído sus excomulgadas obras. El refrán de «Fíate de la Virgen» expresaba el estado de su ánimo. Pero, por otra parte, la insistencia de la cigarrera y la costurera, la seguridad y aplomo con que repetían sus afirmaciones y el natural deseo de que el Sr. Aguado se enmendase, labraban el cerebro de la atribulada mujer, llenándolo de dudas y confusiones. ¿Sería verdad? ¿Podrían las benditas santas, alfareras y mártires, lograr la corrección ó conversión del zapatero? Y ¿por qué no habían de poder? ¿Acaso ella misma por sus propios ojos no veía todas las tardes, al pasar de la calle de Alcuceros á la plaza del Salvador, la capilla de los Desamparados llena hasta el mismo techo de ex-votos de cera, ojos, cabezas, manos, brazos y piernas, en perenne memoria de milagrosas curaciones? ¿Y aquellos cuadros puestos allí también para perpetuar otras semejantes maravillas? Y cuenta que de los cuadros de lienzo y figuras de cera podían, de seguro, cargar carros enteros, pues eran muchos miles, y esto, en buena lógica, suponía muchos miles de personas que los habían llevado para atestiguar estupendos pro-

insonnio. Los primeros ratos que logró dormir tuvo sueños estrambóticos y fatigosas pesadillas. Imaginábase ya que las santas con un descomunal machete abrían en canal de arriba abajo al zapatero, le sacaban el corazón, y en un gran lebrillo de lavar le daban una jabonadura, dejándolo limpio como el oro y volviendo á colocarlo en su sitio: ya que lanzaban rayos sobre el corral de Tromperos y lo reducían á menudo polvo, pereciendo en la catástrofe hasta las chinches: ya, por último, que en figura de gigantes y con sus respectivos pucheros, semejantes á tinajas manchegas, metían en uno de ellos al Sr. Aguado en la agradable compañía de culebrones, víboras y lagartos de seis ó siete colas. Finalmente, soñó tantas y tan disparatadas cosas, que al despertar era su cabeza algo así como una jaula de grillos.

Cierto día, ó hablando con exactitud, cierta noche, volvió á sus domésticos lares el tuno del zapatero más bebido y peor humorado que nunca. No faltaron reconvenções, gritos, impropiedades ni amenazas. Y para corona y remate de la función, cogió la vara y empezó un recorrido sobre el pellejo de su costilla y consorte y adjunta persona, que al

principio sufrió resignadamente tales caricias; pero no las pudo resistir luego, y prorrumpió clamando con desaforadas voces:

—¡Padre mio! ¡Jesús Nazareno! ¡Bienaventuradas santas Justa y Rufina!

Y el vapuleo continuaba como si tal cosa.

—Pero ¿no habrá quien me socorra? ¡Oh santas hermanas Justa y Rufina!

Esta vez no habló con sordos. Aunque la puerta del tugurio estaba cerrada, se abrió de un violento golpe que hizo saltar el pestillo, y de súbito aparecieron altas, magníficas, con sus tocas azules y blancos vestidos, tal como pintores y escultores las representan, las dos jóvenes hermanas, patronas de Sevilla. El zapatero quedóse atónito y estupefacto, y la propia víctima desconoció un momento á las *estautas*, sus vecinas y favorecedoras. De la primer bofetada, la vigorosa cigarrera hizo dar vuelta y media al cruel borracho, dejándole tres ó cuatro muelas columpiándose como campanillas; y su gentil hermana, que tampoco era manca, recogió del suelo la vara de acebuche y sacudió con ella diez ó doce palos al machacasuelas, que de la chaqueta le salía humo, hasta que al fin, derrengado, sin sentido y sin aliento, cayó como inerte masa en un rincón, mientras su esposa y víctima, comprendiendo la farsa, pero algo asustada por la violencia de los golpes y temiendo quedarse viuda, gritaba con el eco y resonancia de una trompeta:

—¡Basta ya, benditas vírgenes! ¡Perdón! ¡No volverá á pegarme! ¡No se emborrachará nunca! ¡Piedad, Justa y Rufina!

Y tuvieron piedad y se fueron.

Después de dormir la mona, se levantó al otro día mi héroe ya despejado, pero con el cuerpo molido y contuso: lavóse en un barreño de agua fresca, y los verdugones y cardenales de que vió adornada su piel, y las medio desquiciadas muelas, le convencieron *ad hominem* de que la aparición de las santas y la fenomenal paliza que le arrimaron no eran cosas de sueño y fantasía, sino de pura verdad y dolorosa experiencia. Se vistió sin decir esta boca es mía, y se puso al trabajo hasta la hora de comer. Su víctima estaba maravillada.

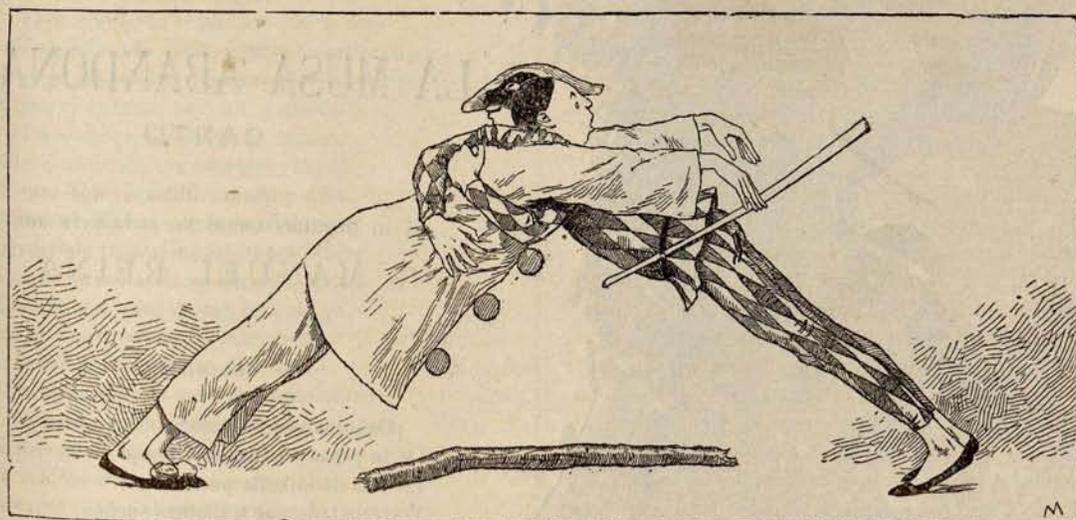
Cuando se acomodaron frente al puchero, el Aguado miró con amor á la tía Juana y la besó cariñoso, exclamando:

—Eres de lo más bueno que hay en el mundo, y yo soy un infame. Gracias, mujercita mía, muchas gracias, un millón ó dos millones de gracias.

—Pero, hombre, esas gracias..... ¿á qué vienen?

—¿A qué vienen? ¡Friolera! A que sólo llamaste á las benditas santas Justa y Rufina; que si por casualidad se te ocurre llamar á las once mil vírgenes, de fijo me revientan.

NARCISO CAMPILLO.





LA MUSA ABANDONADA

CANTO

Á MI QUERIDO AMIGO EL BRILLANTE POETA

MANUEL REINA

LA MUSA.

¡Cuántas veces en esta misma estancia,
De tu pesar y tu trabajo templo,
En alas de la bella poesía
Y arrebatada por brillantes sueños,
Juzgué que dicha interminable fuese
La que trocada en desventura veo!
¡Ah, fiel amigo! En tu lealtad confío:
Nada me resta ya sino tu afecto.

Sé que mi llanto y soledad contemp'las
Con amargura, y á pedirte vengo
Que escuches mi aflicción. ¿Quién sospechara

Que, en aquel corazón fogoso y tierno
De mi amado poeta, se hundirían
Mis ardientes caricias y mis besos,
Como en el fondo del abismo? En vano
He pretendido devolverle el fuego
Que le animó otras veces. Nada basta
Á romper de sus labios el silencio.

Ya ni esperanzas en mi pecho abrigo;
Ya sólo guardo, de su fe en recuerdo,
Hondas arrugas en mi noble frente
Y nieve prematura en mis cabellos;
; Pero ni odiarlo en mi delirio logro,
Ni en el olvido sepultarlo puedo!

EL AUTOR.

Déjame que te abrace, Musa amiga:
; Oh! bien se explica tu dolor inmenso;
Bien se comprende la profunda pena
En que te hundió el olvido de aquel pérfido
Á quien tú consagraste tus primicias,
De quien tú recibiste el primer beso,
Y á quien abriste, como fresca rosa
Abre sus hojas al naciente Febo,
Tu virgen corazón, que, cual entonces,
Arde en el mismo amor puro y sincero.

Mas ¿por qué no le buscas y recuerdas
Los nupciales dichosos juramentos,
Y sus gritos de vívido entusiasmo
En los pasados juveniles tiempos,
Cuando llenaban su exaltada mente
La luz, la inspiración, el sacro fuego
Que tu amor y tus ojos despedían
Produciendo la fiebre en su cerebro?

¿Por qué no le recuerdas que te dijo
«Soy poeta», es decir, «entra en mi pecho,
No me abandones, nuestro amor es grande
Como el humano espíritu, y eterno?»

Imposible será que no te escuche,
Que desatienda tus amantes ruegos
Y que siga impasible, mudo y frío,
Como el célebre monje en el desierto.
Muéstrale tu pasión; ciñan tus brazos
Con ardoroso afán su erguido cuello,
Que, bajo el peso de tan leve carga,
Se inclinará sobre tu blanco seno,
Y estallen tus sollozos de manera
Que se confundan con su propio aliento.

Aproxima tus labios á su frente;
Estampa en ella apasionado beso,
Y sea, no más, esta vibrante nota
La que rompa el extático silencio
En que sumidos estaréis, ¡oh Musa
Que causabas la fiebre en su cerebro!

LA MUSA.

No me engañaba el corazón: no en vano
Buscaba en tu amistad dulce consuelo
Esta infeliz, abandonada Musa,

Reina y señora ayer, hoy triste ejemplo
De lo que son las glorias que se fundan
En el amor de un hombre;—falso fuego
Que, aunque parece inextinguible hoguera,
Inagotable manantial, eterno
Foco de luz y de calor, es sólo
Débil neblina que arrebató el viento;
Leve fosforescencia que, en la noche,
El rastro va marcando del insecto,
Y, al rosado fulgor de la alborada,
Se disipa y se borra como un sueño.

EL AUTOR.

No prosigas ¡oh Musa! ese camino:
Sella tus labios si han de ser blasfemos,
Ó, al exhalar tus quejas, haz que sean
Nacidas del amor, no del despecho.

Opón á tu presente desventura
La risueña esperanza como freno,
Y vuelve á tu memoria aquellos días
De caricias y goces cuyo término
Ni sospechaste que llegar pudiese,
En la santa embriaguez del himeneo.

No temas que el recuerdo del pasado,
Por ser del bien, te cause desconsuelo,
Ni te irrite del mal que te acongoja
El espantoso, abrumador tormento;
Que la esperanza dulcifica, hermosa,
Hasta hacer apacible el dolor fiero,
Y el bien pasado vigoriza el alma
Cuando quien nos lo trajo no está muerto,
Y es fruto sólo de fugaz capricho
Y no de una pasión su alejamiento.

LA MUSA.

No sé qué ilusión extraña
Tu voz en mi mente crea.
Cuando te escucho, parece
Que terminaron mis penas,
Y, al morir éstas, figúrome
Que el amor en mi alma reina
Con sus alegres sonrisas,
Sus palabras placenteras,
Sus besos y sus abrazos,
Gratos cual divino néctar.

Mas mi ilusión es tan grande,
Cual mi dicha, pasajera;
Pues si en un momento gozo
De felicidad completa,
También en un solo instante
Caigo del cielo á la tierra;
Y mis alegres cantares
Se tornan amargas quejas,
Y mis soñados idilios
Se convierten en tragedias,
Y mi espíritu, agobiado
Por el dolor, se revuelca,
Y de mi frente, *quebrada*

Cae mi corona de estrellas.
 Entonces ¡ay! me contemplo,
 Sumergida en las tinieblas,
 Nueva víctima arrastrada
 Por la fatal *ola negra*,
 Mientras él, tras breve lucha,
 Contra la naturaleza
 Se deja llevar, tendiendo
 Sus brazos con complacencia
 Á la infame cortesana,
 Á la meretriz siniestra
 Que toma el nombre sagrado
 De la Patria, á la que execra,
 Y con la risa en los labios,
 Impúdica bayadera,
 Mostrando amor que no siente
 Oculta sus llagas fétidas.

EL AUTOR.

Esa que llamas cortesana infame
 —Sin duda obedeciendo á la fiereza
 De los celos horribles que desgarran
 Tu amante corazón y lo envenenan—
 Es la excelsa matrona siempre joven,
 Siempre amante infeliz y siempre bella:
 Es la desventurada de albo seno
 Donde grato calor el hombre encuentra;
 La que brinda su amor al desvalido;
 La que abate la frente de los déspotas.
 Ella manda labrar á Cincinato;
 Del estóico Catón arma la diestra;
 El puñal parricida entrega á Bruto,
 Y á Cicerón inspira sus arengas.
 Por ella da Solón sus sabias leyes;
 Parte Esquilo á luchar contra los persas;
 Marcha sereno el inmortal Leonidas
 Á encontrar en la muerte vida eterna,
 Y, antes que ser del extranjero esclavas,
 Cantando mueren las hermosas griegas.

LA MUSA.

¡Un desengaño más! ¿Quién me diría
 Que tu labio, tan lleno de promesas
 En el dorado tiempo en que cantabas
 El arte, la feliz naturaleza
 Y el amor, el amor casto y sublime,
 Hoy ronco profanara la suprema
 Celeste poesía? ¡Vate iluso!
 La seductora voz de la sirena
 Te arrastra al mar, al mar fiero y terrible.
 ¡Detente y mira! La sagrada y bella
 Virgen que divinizas en tu canto;
 La matrona inmortal de frente austera
 Y ojos de luz; la férvida y valiente
 Musa de las grandiosas epopeyas,
 Es la bacante impura, la traidora
 Desenfrenada meretriz que vela
 El lascivo fulgor de su mirada

Y de su torpe labio la impudencia
 Para engañar mejor: su blanca veste
 Cubre fango no más. Ahora, poeta,
 Ciñe su frente de laurel; levanta
 Soberbio altar á su hermosura excelsa;
 Y olvídame por siempre..... Ella es el oro,
 La gloria y el poder..... ¡Yo la pobreza!

EL AUTOR.

No hay deslealtad en mis palabras, copia
 De las que pronunciaste en otras épocas,
 Cuando tu labio rebosaba besos
 Y resplandores tu pupila espléndida.
 Entonces el dolor—ave sombría—
 No anidaba en tu pecho, del poeta
 Dulce y casto refugio, tierno asilo
 Donde corrió su juventud serena.

¿No lo recuerdas? Soñador y pálido,
 Reclinada en tu seno la cabeza,
 Por su boca vagaba una sonrisa
 Marcando de su paso leve huella;
 Y en su rostro, á la par de la ventura
 Que el amor satisfecho á veces deja,
 Se reflejaba la que siempre nace
 Cuando el artista con la gloria sueña.
 Entonces, en arranque generoso,
 Desplegaste á los vientos la bandera
 De la sublime libertad, del arte,
 Del amor á la Patria—las ideas
 Que encarna y simboliza con su nombre
 La Diosa que maldices y detestas.

Á impulsos del amor y la ternura,
 En brazos tuyos se elevó el poeta
 Y, dejando el laúd y las canciones,
 Á la lira arrancasteis notas épicas,
 Preludios nada más, sólo esperanzas;
 Que sólo flores da la primavera.

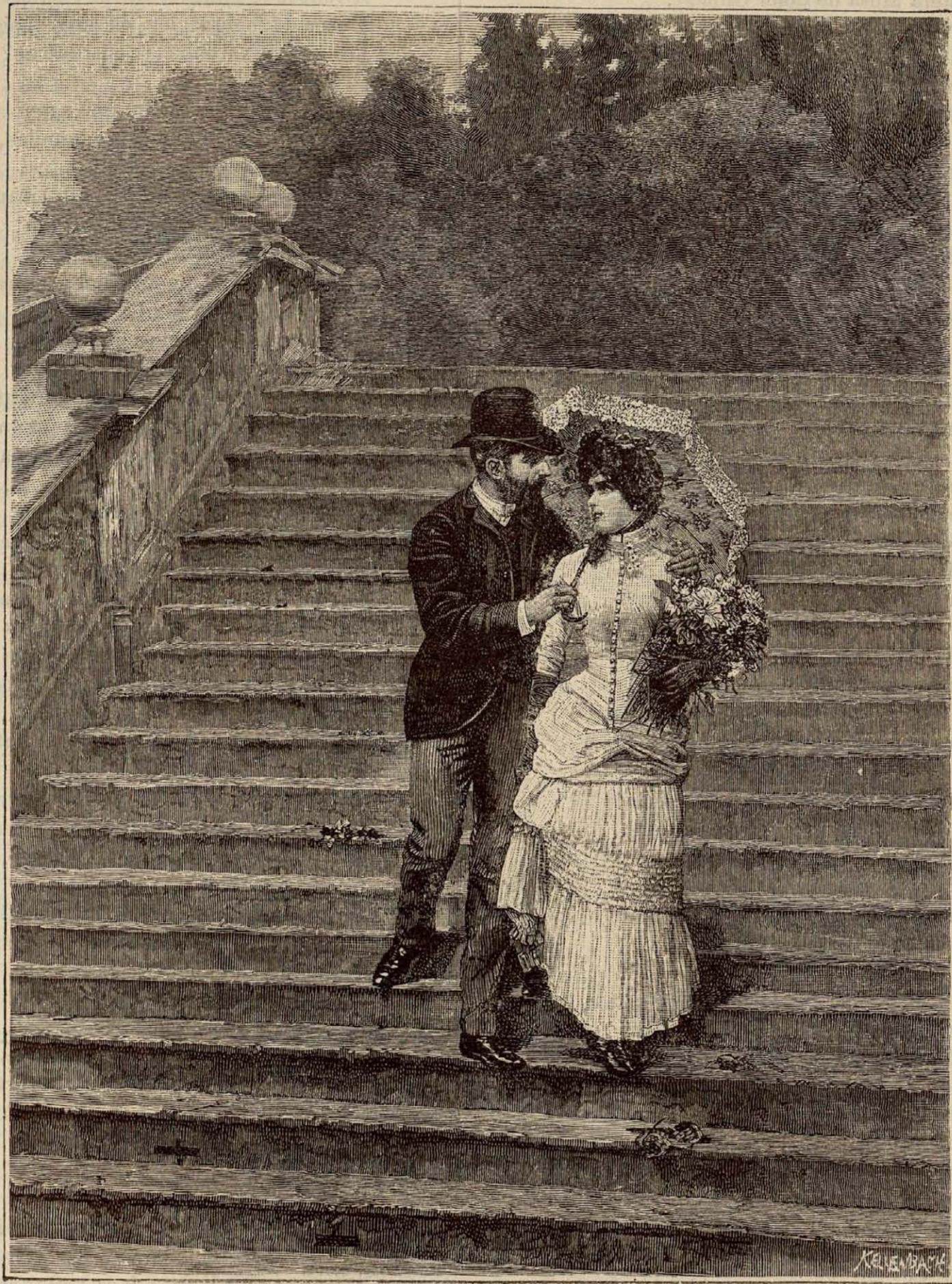
Después..... ¿á qué seguir? En la memoria
 Vive, no más, la abnegación aquella,
 Aquella abnegación que al extinguirse
 Extinguió en vuestros cantos la grandeza;
 Que, á medida que el alma se levanta
 Y de la lucha personal se aleja,
 Aumenta el corazón con sus latidos
 Las vibraciones de sus notas tiernas.

¡Siempre es bello el amor que en una funde,
 Desgraciado ó feliz, dos existencias!
 Mas ¿qué son las pasiones que el deseo
 Y las fiebres eróticas engendran,
 Junto á aquella que, pura, resplandece
 En el gentil amante de Julieta?
 ¡La escala del amor llega hasta el cielo!
 Y extiende y profundiza su influencia
 Sobre la humanidad quien más peldaños
 Logra subir de la espiral inmensa.

¿Cómo olvidar el generoso ejemplo
 Que, en aras del hogar, nos da Lucrecia
 —Suprema encarnación de esposa y madre—
 Prefiriendo la muerte á la vergüenza?

¿Y el que ofrece Guzmán cuando en Tarifa,
En vez de abrir de la ciudad las puertas
—Que fuera al extranjero dar la patria—

Como una inundación en las conciencias?
¡Amor, sublime amor, pródiga fuente,
Eterno manantial de la belleza!



AMOR QUE EMPIEZA.—Cuadro de Kellerbach.

Á los muros se asoma y, con fiereza
Sus entrañas de padre desgarrando,
Arroja la cuchilla que cercena
Del hijo amado el inocente cuello?
¿No ves brillar sobre la escala enhiesta
La luz que Cristo, al expirar, derrama

En tu corriente cristalina hallaron
Fecunda inspiración, que nos revelan
En sus divinos cánticos, los vates
Que, cual faros, los siglos atraviesan.....
De esto te has olvidado, Musa amiga,
Y acaso el signo de los tiempos sea.

¡Triste signo! Por él vierten mis ojos
Lágrimas ¡ay! que mis mejillas queman;
Pues no eres sola, no, la que desmaya,
Si no se rinde. ¡Hasta la Musa austera,
La austera Musa de dolor callada,
Sobre verdes laureles se recuesta,
Quizás luchando con su fe gloriosa
Y el fatal desencanto en que se anega!
¡Sí; mira á tus hermanas!—Unas duermen
Desde que, terminada la pelea,
Lanzaron en los *Gritos del combate*
Á la turba incendiaria su anatema,
Grabado en bronce para eterna gloria
Del arte, de la patria y la conciencia.
Otras, envilecidas, se vendieron.

—¡Pluguiese al cielo que jamás nacieran!—
Otras, en los rincones tenebrosos
De los clubs y los antros, merodean
Vertiendo de su boca abominable
La baba de la envidia y la impotencia.

¡Ha muerto el entusiasmo! ¡Negra noche
Envuelve á la Nación! ¡No hay una estrella
Á donde dirigir los turbios ojos;
Nada que nuncio de esperanza sea!

De la gigante victoriosa lucha
Contra el tirano y el error, ¿qué resta?
En los campos, la sangre derramada;
En el Estado, leyes que vulneran
El venal gobernante que se olvida,
Como histrión, del papel que representa,
Y el pueblo que sarcástico sonríe,
Ó lo ve con glacial indiferencia.....
¡Y aparece triunfante el Bajo Imperio!
¡Todo arroja doquier sombras funestas!
La concusión y el agio prevalecen:
La honrada condición se llama necia:
El sainete procaz mató el idilio:
La lumbre del hogar ya no calienta.....
¡Todo es negrura y maldición!

¿Qué gritos,
Qué lejano clamor hasta mí llegan?
¿Qué tenue claridad todo lo inunda,
Semejante á la luz cuando alborea?.....

Á su contacto la esperanza brota,
La fe renace, el corazón se eleva.....
¡La lámpara sagrada está encendida!
¡Aun brilla en la tribuna la elocuencia!
Y á sus fulgores los siniestros buhos
Se agitan sin cesar, revolotean,
Quieren ahogar con sus graznidos lúgubres
La voz del genio que, inspirado, truena.
¡Pero todo es en vano! Dios dispuso
Que la radiante luz rompa la niebla,
Y allá, á lo lejos, se divisa el carro
Donde la augusta Libertad se ostenta,
En una mano la balanza, en la otra
La verde oliva, de la paz emblema.
¿Y ante tal espectáculo, impasibles
Las Musas seguirán? Decid, ¡poetas:
¿Será preciso que la sangre corra

Vertida por las huestes extranjeras,
Ó que la lucha fratricida estalle
Para que despertéis? ¿Sólo la guerra
Hará vibrar las empolvadas liras
Arrancando lamentos á sus cuerdas
Y ecos de indignación, en cuyo fuego
Los pechos varoniles se enardecen?

.....
En torno de la madre que agoniza,
Los hijos, deponiendo sus querellas,
Por el materno amor santificados,
Sollozando se abrazan y se estrechan:
Convierten en altar el pobre lecho
Donde yace la madre casi muerta,
Y entre suspiros que el dolor arranca
Del corazón, y la rodilla en tierra
Como los fieles en el sacro templo,
Mudas plegarias á su Dios elevan.

Así también cuando la madre Patria,
Del desaliento y de los vicios presa
Yace, sin despertar en quien la mira
Sino desprecio, repugnancia ó befa,
Y muestra por las rotas vestiduras
Exhausto el seno, que el dolor flagela,
Tan sólo callar puede el egoísmo
Que busca en el silencio recompensas;
Mas no las almas dignas y elevadas
Que al amor de la Patria se caldean
Y ante sus aras, de fervor henchidas,
Gloria, poder, felicidad desprecian.

¡No callarán! Y sus dolientes cantos,
Al remover la popular conciencia,
Serán como la hoguera en el invierno,
Como astro vivo en noche de tormenta,
Cual voz de sacerdote que, piadoso,
En el trance fatal ora y consuela.

¡No más silencio! Las vibrantes liras
En son de lucha los espacios hiendan.
Envueltos en el lodo de su infamia
Salgan los mercaderes de la iglesia:
Acabe para siempre en este suelo
La vil degradación. ¡Cantad, poetas!
Y, á la manera que los Reyes Magos,
Según dice la bíblica leyenda,
Marchaban por el árido desierto
En busca de su Dios, hacia Judea,
Teniendo como norte los fulgores
De misteriosa y esplendente estrella,
Seguid, el pensamiento en las alturas
Y en el pecho la fe, por la agria senda
Á cuyo extremo, fatigada y triste,
Pero siempre amorosa, la hora espera
La diosa de la Patria en que la llamen
Para sus alas extender benéfica,
Sin mirar, como madre, á quién cobija.

Que, como el sol al universo presta
Su fuego, y vivifica con sus rayos
Hasta las nubes que ocultarlo intentan,
La Diosa da su generoso amparo
Aun al infame que la ultraja ó niega.

¡Cantad! ¡Cantad! En entusiasmo ardiente
 Truéquese el tedio, y en perdón la ofensa.
 Y así que se despierte el noble pueblo
 Donde vimos la luz para honra nuestra,
 Resuenen vuestras arpas vigorosas,
 Salvando de la Patria las barreras,
 Con el himno inmortal de la esperanza
 Cuyos acentos la semilla sean
 Del nuevo oriente de la Paz.....

Las notas

De vuestros cantos sirvan de piqueta
 Para hundir el palacio suntuoso
 Que ennegreció el tirano á quien alberga.

Y de las ruinas del palacio surja,
 Signo de redención, la dulce y bella
 Imagen de Jesús, cuya mirada
 Disipe de las almas las tinieblas,
 Quebrante las cadenas del esclavo,
 Trueque en esposa la infeliz manceba,
 Convierta en polvo las egregias sienes
 Que ciñó de coronas la soberbia,
 Y cubra con el manto immaculado
 De la fraternidad, toda la tierra.

Esta es ¡oh Musa! la misión más grande,
 ¡La más grande misión de los poetas!

LA MUSA.

Es verdad, es verdad. Corramos pronto

Á buscar á mi amado: una bandera
 Nos cobije á los tres, y en ella envueltos,
 Muramos, si es preciso, en la contienda.

EL AUTOR.

Más tarde os seguiré.

LA MUSA.

¿Y al entusiasmo,
 Férvido campeón, por qué dar treguas?

EL AUTOR.

Amigo y ciudadano, ahogué en mi pecho,
 Con la voz del deber, mi amante pena:
 Dejadme, por piedad, que un solo instante
 Á mis recuerdos amorosos vuelva.

¡Tal, en campaña, el infeliz soldado
 Coge el retrato, que consigo lleva,
 De la mujer á quien su fe consagra;
 Al estampido del cañón lo besa,
 Y, paso abriendo á su dolor, suspira,
 Y prosigue bizarro la pelea!

FEDERICO ORTEGA DE LA PARRA.

Madrid, 1890.

